



de investigación llevada a cabo por los más destacados cervantistas, el Caballero del Verde²⁰ Gabán ha recibido identificaciones que varían de personaje contrapuesto (Bonilla y San Martín) a símbolo de la esperanza (Chamberlin, Weiner, Kenyon) sugerido por el tradicional valor artístico y literario —y aun erótico— del color verde.²¹

Sea como fuera, la crítica literaria, con insólita unanimidad, concuerda en considerar a Don Diego de Miranda "uno de los personajes más simpáticos del Quijote", un hecho que en sí mismo nos revela mucho.

Que Don Diego de Miranda (habrá quien haya especulado sobre el verbo "mirar" contenido en el nombre) personifique algo de más trascendencia, empieza a manifestarse, en nuestra opinión, en el epígrafe del capítulo XVI de la Segunda Parte del Quijote, cuando entra en la escena el Caballero del Verde Gabán: "De lo que sucedió a Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha".

Antes que nada, las voces **caballero** y **Mancha** del epígrafe tienden a asociarnos con Don Quijote por ser éstas las voces que han vivido con él desde su creación. El adjetivo "discreto", por otra parte, que Cervantes escoge para introducirnos al Caballero del Verde Gabán, capta nuestra atención y nos obliga a distanciarnos del Ingenioso Hidalgo. Esto se debe a que **ingenioso** y **discreto**, aunque no pasaban por voces anti-téticas, tampoco distaban de serlo.

Para Cervantes, como ha demostrado Harald Weinrich en su **Das Ingenium Don Quijotes**: **ingenio**, además de equivaler a talento natural, luz de entendimiento, habilidad o capacidad, infería también falta de juicio.²² **Discreción**, que vino a reemplazar **buen gusto** de Isabel la Católica, era para Cervantes —según afirma categóricamente Angel Rosenblat en su reciente obra sobre la lengua del Quijote— "expresión de su ideal de equilibrio".²³ Juan de Valdés, por ejemplo, en su **Diálogo de la Lengua** delibera que "Si yo hubiese de escoger, más querría, con mediano ingenio, buen juicio, que con razonable juicio buen ingenio... porque hombres de gran ingenio se pierden en herejías y falsas opiniones por falta de juicio. No hay tal joya en el hombre como el buen juicio".

Por lo cual podemos concluir que si por **ingenio** se entendía, entre otras cosas falta de juicio, por **discreto** lo contrario.

Pasamos ahora al retrato que Cervantes pinta de sí mismo y el de Don Diego de Miranda para ver si existe alguna semejanza fisionómica entre los dos que nos facilitara establecer un inicial e imprescindible vínculo en el aspecto físico del genial escritor y su discreto personaje:

1. Autorretrato de Cervantes (Prólogo a las **Novelas Ejemplares**):

"Este que veis aquí, de **rostro aguileño**, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de **alegres ojos** y de nariz corva, aunque bien proporcionada, **las barbas de plata...**"

2. Retrato de Don Diego de Miranda (**Don Quijote**, II-16):

"...miraba Don Quijote al de lo verde, parecien-

dole hombre de chapa. La edad mostraba ser de cincuenta años, **las canas pocas**, y el **rostro aguileño**, la **vista entre alegre y grave**".

En primer lugar, el hecho de que la edad de Don Diego de Miranda "...mostraba de ser de cincuenta años" (**Don Quijote**, II-16), y que Don Quijote "Frisaba la edad... con los cincuenta años" (**Don Quijote**, I-1), ni parece un capricho literario, ni uno de esos descuidos cervantinos que Clemencín y Rodríguez Marín no dejan de anotar.

Al contrario, en vista de lo parecido de los retratos, sería difícil presentar un argumento negando la bien intencionada coincidencia de edad. Y siempre teniendo en mente la ecuación ideológica Cervantes = Don Quijote, nos permitimos comentar aquí que como señalé en mi artículo "Los tres rostros de Don Quijote", publicado en **Cuadernos Hispanoamericanos** en Mayo de 1970, el hacer que Don Quijote tuviera cincuenta años, ni uno más ni uno menos, es también bastante intencionado; pues, si fuéramos a añadir al año en que nació Cervantes (1547) la edad de Don Quijote (50), obtendríamos 1597. Este año no sólo coincide con el en que Cervantes fue encarcelado por primera vez, sino que también coincide con la fecha en que los críticos consideran que Cervantes, quien predica el aferrarse a la realidad y la verdad en las novelas (**Don Quijote**, Prólogo 1605; I-9; I-15; I-16; I-47; Prólogo 1614; II-3; II-4; II-10; II-26; II-50; II-62), tuvo la idea de crear a su famoso caballero. De hecho en el Prólogo de la Primera Parte del Quijote leemos "...se engendró la novela en una cárcel..."

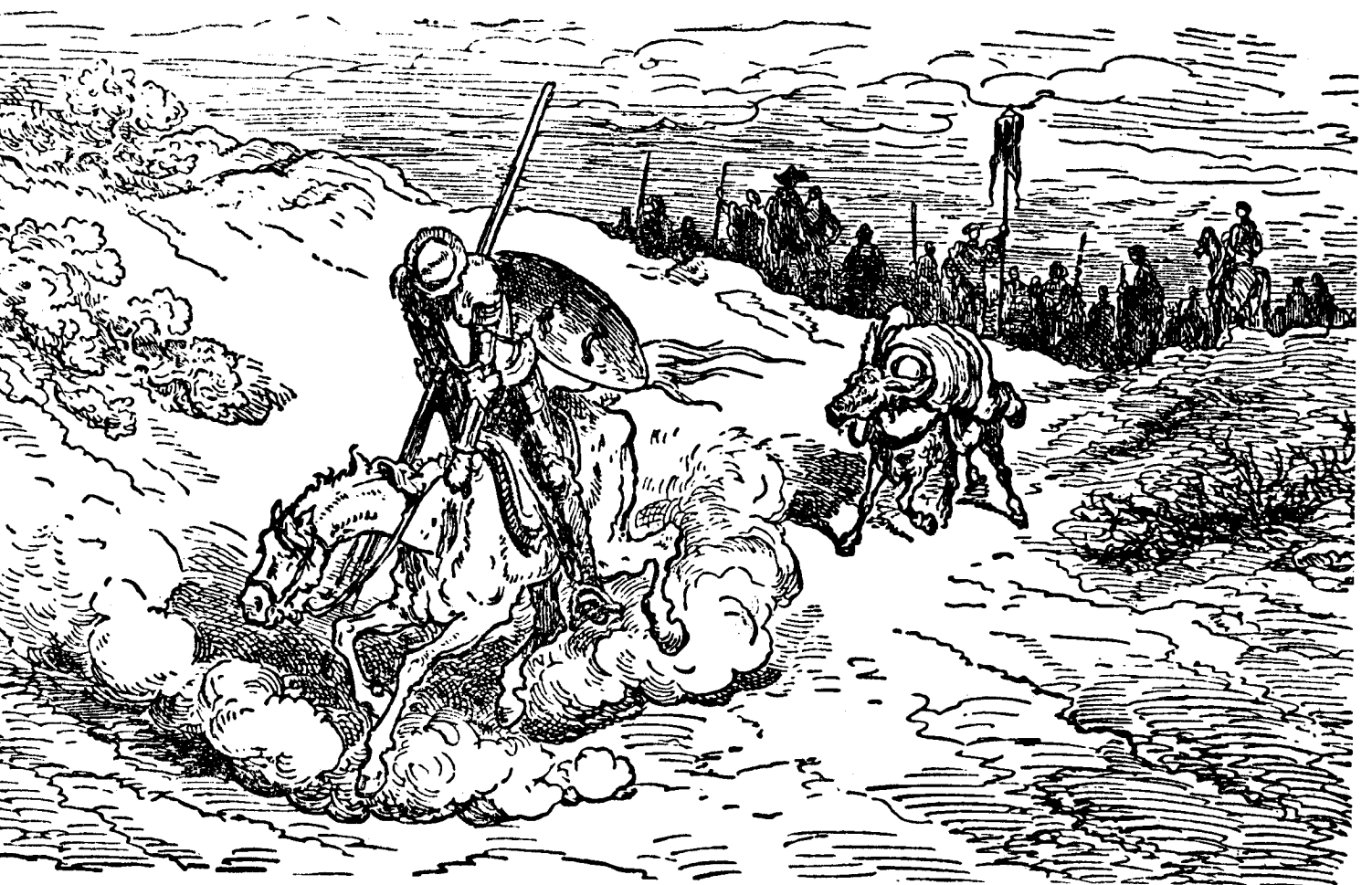
Volviendo ahora al asunto de lo parecido de fisionomía entre Don Quijote y Don Diego de Miranda "...es evidente —sostiene Alberto Sánchez— la semejanza de rasgos... dentro de los escasos elementos señalados para el Caballero del Verde Gabán".²⁴

Aunque parezca paradójico que un escritor como Cervantes, quien decora el trasfondo de su novela con detalles realistas y exquisitos matices, no describa a sus personajes importantes con tanta precisión como a otros de menor relieve, los "elementos" son más bien apreciables.

Por cierto, la semejanza de edad, rostro aguileño, ojos alegres, canas (si Cervantes tenía "...las barbas de plata..." habría tenido canas también) y aspecto grave son descripciones substanciales que en manos de dos artistas distintos ocasionarían dos retratos semejantes.

Sea como fuera, aun Alberto Sánchez, quien es un verdadero Santo Tomás por su renombrada incredulidad y sospecha en asuntos de la identificación de personajes cervantinos con este o aquel personaje histórico, debe admitir que los pocos "rasgos físicos que se nos proporcionan del Caballero del Verde Gabán se corresponden **con bastante exactitud** con los homogéneos del repetido autorretrato cervantino".²⁵

Dejamos aquí la cuestión de la semejanza fisionómica para considerar otros aspectos de los dos caballeros: condición, ejercicio y etopeya moral que Cervantes realiza por medio de autorrepresentaciones que reproducimos a continuación:



"Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante [Don Diego de Miranda] le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que lo preguntase nada le salió al camino diciéndole: —Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejaré vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

Destos que dicen las gentes

Que á sus aventuras van.

Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entegueme en los brazos de la Fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días, que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentil hombre, ni este caballo, esta lanza, ni este escudo ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago". (Don Quijote, II-16).

¡Magnífica autopresentación de Don Quijote y cabal sinópsis del ideal caballeresco conjugado con lo sagrado y aun lo lógico de la misión! Indudablemente se trata del pasaje más "lírico" de la obra —conforme al dictamen de la crítica idealista— y sabemos porque: Cervantes habla aquí de sí mismo, de lo que sentía o había sentido. Por eso, "El tono de Don Quijote es confiado, seguro suficiente... en este encuentro —escribe el crítico Luis Rosales— Don Quijote se confirma en sí mismo".²⁶

No obstante, cada lector se da cuenta de que los verdaderos ideales de Cervantes no eran los "caballerescos", y la plétora de teorías que se han formulado para revelarlos asegura la existencia de otros.

Pero, en vista del españolismo cervantino y la vida dedicada a la literatura, ¿sería absurdo suponer que Cervantes quería resucitar no la "muerta andante caballería", sino las letras españolas caídas en la imitación de las italianas? Asimismo, si es verdad —como nota Spingarn— que casi todos los hombres de letras españoles cobraron conciencia de esta misión revivificadora, ¿es posible que Cervantes soñase movilizar todos sus

recursos para contribuir positivamente a la renovación de las letras españolas si éstas debían de exigir —como sostiene Werner Bahner— el papel de anunciadoras de una renovada cultura literaria y lingüística en el campo de la competición internacional, y emparejarse a la gloria y el prestigio de los tercios españoles?²⁷ Por cierto, los muchos ensayos de Cervantes en los distintos géneros literarios atestiguan el incansable deseo del escritor de hallar su "vehículo". Además, si juntáramos todo lo que Cervantes dice en sus obras sobre la literatura, la poesía y la novela en particular, sacaríamos a luz una sólida teoría literaria y un "ars prosaica" que, como las obras de Herrera, El Brocense y otros, fueron escritas con el propósito de llevar a cabo esa renovación de la cultura literaria y lingüística de España.

A la autopresentación del Ingenioso Hidalgo sigue la del Caballero del Verde Gabán, quien le habla a Don Quijote de esta manera:

"—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros cuáles de romances y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros, los de caballería aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido, son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros, oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios, nuestro Señor". (Don Quijote, II-16).

Al concluirse la misma, Sancho, quien "Atentísimo estuvo a la relación de la vida y entretenimiento del hidalgo... se arrojó del rucio... y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces", porque el Caballero del Verde Gabán le pareció "... el primer santo a la jineta" que había visto en todos los días de su vida. (Don Quijote, II-16).

¿Qué movió a ese dormilón y pigre Sancho a apearse de su jumento para besar con devoción y lágrimas los pies (pobre Don Quijote a quien Sancho nunca besó ni siquiera las manos) del Caballero del Verde Gabán?

"No soy santo... sino gran pecador", tendrá que explicarle el sorprendido y correcto Don Diego de Miranda.

¿Y entonces, por qué eso de los besos y la inespere-

rada e insólita reverencia? ¿Es posible que el Sancho de 1615, quien se había quedado indiferente a la mejor presentación del ideal caballeresco y quien al independizarse de su amo se revela ya más sensato de lo que creíamos, haya visto en Don Diego de Miranda la encarnación de "discreción"?

Seguramente, Sancho tuvo que haber interpretado bien lo que daban a entender las frases claves "soy medianamente rico", "los libros de caballerías no han entrado por los umbrales de mis puertas", la variedad de los libros que leía Don Diego de Miranda y la culminante referencia a la vanagloria, última enfermedad del hombre culto ahidalgado.

Asimismo, es posible también que ese rústico Sancho haya intuido en la somera autopresentación del "discreto" caballero, la omisión de un intemporal **ideologic adventurism** que permitía a Don Diego de Miranda vivir en paz con sí mismo y con el mundo, mientras que en Don Quijote se iba realizando en la forma de un anacrónico e impráctico —y aun penoso— vivir caballeresco que, bien pensado todo, era una ilusión.

Comenta Santiago Montserrat: "El ideal caballeresco necesita para realizarse un mundo abierto a las mayores ilusiones del espíritu y del que se puedan extraer las energías suficientes para desestimar estéticamente las realidades terrenales".²⁸

Pero volvemos a Don Diego de Miranda. "Discreto" lo define Cervantes en el epígrafe del capítulo XVI de la Segunda Parte del **Quijote**.

"Discretísimo" —según Unamuno; "sensato", "moderado", "juicioso"— según otros. Nosotros, sin embargo, preferimos definirlo antiquijotesco también, porque, a fin de todos, la personalidad psíquica, microcosmo y ministerio de Don Diego de Miranda, más que los de cualquier otro personaje de la novela, son tan diametralmente opuestos a los de Don Quijote que, en realidad, tenemos aquí un inconfundible **anti-hero** de la novela existencialista.

Aun los ideales más nobles separan a Don Quijote de Don Diego de Miranda. Este, explica Casaldauero, "...no mira al mundo con ansia de poseerlo y esperanza de lograrlo, ni se repliega en el interior, desgarrado por la pena de tener el alma encadenada en el cuerpo; ha logrado un cierto equilibrio... su serenidad es menos racional que la renacentista; es una serenidad religiosa en la cual resplandece la voluntad... El tono del Verde Gabán nos da ansia de paz".²⁹

El lugar donde vive el Caballero del Verde Gabán, lógico que sea, exhibe también características antitéticas al **milieu** de Don Quijote, y ofrece todo cuanto hubiera deseado un cansadísimo y apresurado escritor como Cervantes a quien la suerte no concedió la gracia de vivir en paz, sino el **via crucis** extenuante bien conocido. Por lo tanto, la casa de Don Diego de Miranda no es el castillo que hubiese soñado un joven escritor idealista; al contrario, se trata de un lugar moderado pero ameno, cómodo y acogedor, que por su regularidad de la vida rutinaria y máxima tranquilidad habría satisfecho los deseos de cualquier escritor.

En esta casa —escribe Azorín— "...se respira un

ambiente de sosiego, de paz; los muebles están colocados simétricamente; todas las cosas diarias se hacen a las mismas horas; las comidas están siempre a punto cuando llega el mediodía y cuando llega la noche; a idénticos instantes se abren por la mañana las puertas y ventanas y se toca a retirada por la noche; se guardan y conmemoran todas las fiestas y sucesos de la familia; los manteles no están nunca manchados ni se verá jamás un desgarrón en los atavíos de las camas; la ropa blanca está guardada con cuidado... en la alacena se apilan mantenencias y gollerías de toda especie; las zafraas están llenas de aceite; la vidriada tinaja del pan aparece atiborrada de redondas y doradas hogazas. Un silencio ideal, un silencio que os sosiega los nervios y os invita al trabajo; un silencio que Cervantes califica de 'maravilloso' y que dice que es lo que más ha sorprendido a Don Quijote, reina en toda la casa. Y este es un contraste que presta al hondo, el trascendental interés a esta página. En esta casa, este mismo espíritu de orden, este mismo apego a todas las cosas diarias, este mismo bienestar sólido, silenciosamente gustado, hacen nacer en sus moradores un íntimo, un suave egoísmo".³⁰

Cuatro días permaneció Don Quijote en este "oasis espiritual" —como bien lo define Alberto Sánchez— que por muy extraño que sea (¿o es intencional?) Don Quijote no consideró castillo.

¡Cuatro días...! Es decir más tiempo que en los demás "castillos".

COLOFON

Como hemos pretendido demostrar, los rasgos fisiológicos de Don Diego de Miranda "tienen un aire de familia con los del propio Cervantes retratado en las **Novelas Ejemplares**".³¹

El mundillo del Caballero del Verde Gabán, por otra parte, se caracteriza por un aire de sensatez, de madurez mental, de equilibrio psíquico y por una actitud renacentista hacia la poesía, la ciencia y las armas. Dicho en pocas palabras, el mundillo del hombre cuyo nivel de aspiración o **yó ideal** se aviene con la realidad circundante, y se adapta a las necesidades de la vida.

Ahora bien, si es verdad que en la vida —según nos dice Palacín Iglesias— hallamos "realidades objetivas, realidades idealizadas e ideales objetivados", Don Diego de Miranda podría bien representar esos ideales objetivados por el mero hecho de que sus realidades idealizadas no distaban mucho de las realidades objetivas.³²

Entonces, ¿quién es Don Diego de Miranda? A nuestro parecer, este discreto caballero representa el nuevo nivel de aspiración de Cervantes ("con poco me contento, aunque deseo mucho", **Viaje del Parnaso**) al ocurrírsele lo impráctico de su idealismo puro: el quijotesco. Es decir, Don Diego de Miranda encarnaría el nuevo **yó ideal cervantino** (al resolverse el conflicto entre **yó ideal** y **yó real**) que no está representado por el **yó quijotesco**, sino por el **yó Alonso Quijano el Bueno**, él que declaró: "Yo fui loco, y ahora soy cuerdo".

Por eso dice Casaldauero: "Don Diego de Miranda

ha representado el nuevo tipo de vida, e inmediatamente Sancho lo eleva al rango de santidad. No es una vida que descubra el valor del medio como opuesto a los extremos, sino la reclusión laica, la reserva, el fuero de la conciencia, la vida privada. Todo el alarde de las armas queda amortiguado en la caza con perdigón manso y la pesca; de las buenas obras se excluye todo el aparato externo. El ansia de saber se ha transformado en una posesión intelectual del mundo. En la actividad del hidalgo, el hervor de las pasiones ha quedado sometido a la moral, y ésta todavía conserva un sentido religioso. Esta plenitud espiritual arquetípica es lo que merece el dictado de Santo".³³

Al concluirse el episodio del Caballero del Verde Gabán, Cervantes nos deja esta graciosa redondilla:

Si mi fue tornase a es
sin esperar más será,
o viniese el tiempo ya,
de lo que será después.



NOTAS

¹ Agustín G. de Amezá, *Cervantes Creador de la Novela Corta Española*, Tomo I, Madrid, 1956, p. 341.

² Cabe recordar aquí que Jean Piaget siempre sostuvo que la tarea de los pedagogos modernos es de crear hombres capaces de hacer y decir cosas nuevas más que simplemente repetir lo que han hecho y dicho los hombres de otras generaciones.

³ Astrana Marín, *Vida Ejemplar y Heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Tomo VI-2, Madrid, 1948-1958, p. 457.

⁴ Amezá, op. cit., loc. cit.

⁵ Amezá, ibid., Sobre el inescapable autobiografismo, véase también *The Art of Creation* de Arthur Koestler, y *Experiencia e Invención* de Francisco Ayala.

⁶ Las obras de Bergler que más se relacionan a este trabajo son: *The Writer and Psychoanalysis*, *Curable and Incurable Neurosis*, y *The Superego*.

⁷ Fredo Arias de la Canal, "Intento de Psicoanálisis de Cervantes", México, 1970.

⁸ Américo Castro, *Hacia Cervantes*, Madrid, 1969, p. 356.

⁹ Francisco Sánchez-Castañer. "Penumbra y primeros arbores en la génesis y evolución del mito quijotesco", Conferencia: curso 1948-1949, Universidad de Valencia.

¹⁰ *Intellectual Digest*, octubre, 1971, p. 25.

¹¹ Erich Neumann, *Art and the Creative Unconscious*, Princeton University Press, 1971, pp. 146-147.

¹² Jacob Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Tomo I, Parte II, Cap. I.

¹³ Giovanni Boccaccio, *Opere Volgari*, XVI-30.

¹⁴ Fredo Arias de la Canal, op. cit., loc. cit.

¹⁵ Carl G. Jung, *Modern Man in Search of a Soul*, "Psychology and Literature", New York, 1933, pp. 168-169.

¹⁶ Juan Antonio Cabezas, *Cervantes: del Mito al Hombre*, Madrid 1967, p. 209.

¹⁷ *Intellectual Digest*, noviembre 1971, p. 56.

¹⁸ Salvador de Madariaga, *Don Quixote*, London, 1961, p. 115.

¹⁹ Alberto Sánchez, "El Caballero del Verde Gabán" en *Anales Cervantinos*, número 9, 1961-1962, p. 169.

²⁰ A. Bonilla San Martín, *Don Quijote y el Pensamiento Español*, III Centenario, p. 333.

²¹ Vernon A. Chamberlin and Jack Weiner, "Color Symbolism: A Possible New Interpretation of Cervantes 'Caballero del Verde Gabán'", en *Romance Notes*, 10, p. 342-347.

²² Harald Weinrich. *Das Ingenium Don Quijotes*, Westfalen, 1956.

²³ Angel Rosenblat, *La Lengua del Quijote*, Madrid, 1971, p. 58.

²⁴ Alberto Sánchez, op. cit., p. 182.

²⁵ Alberto Sánchez, op. cit., p. 183.

²⁶ Luis Rosales, *Cervantes y la Libertad*, Tomo I, Madrid, 1960, p. 247.

²⁷ Warner Bahner, *Beitrag zum Sprachbewusstsein in der Spanischen Literatur des 16 und 17 Jahrhundert*, Berlin, 1956, p. 102.

²⁸ Santiago Montserrat, *La Conciencia Burguesa en el Quijote*, Dirección General de Publicaciones, Universidad de Córdoba, Argentina, 1965, p. 5.

²⁹ Joaquín Casaldueiro, *Sentido y Forma del Quijote*, Madrid, 1966, p. 262.

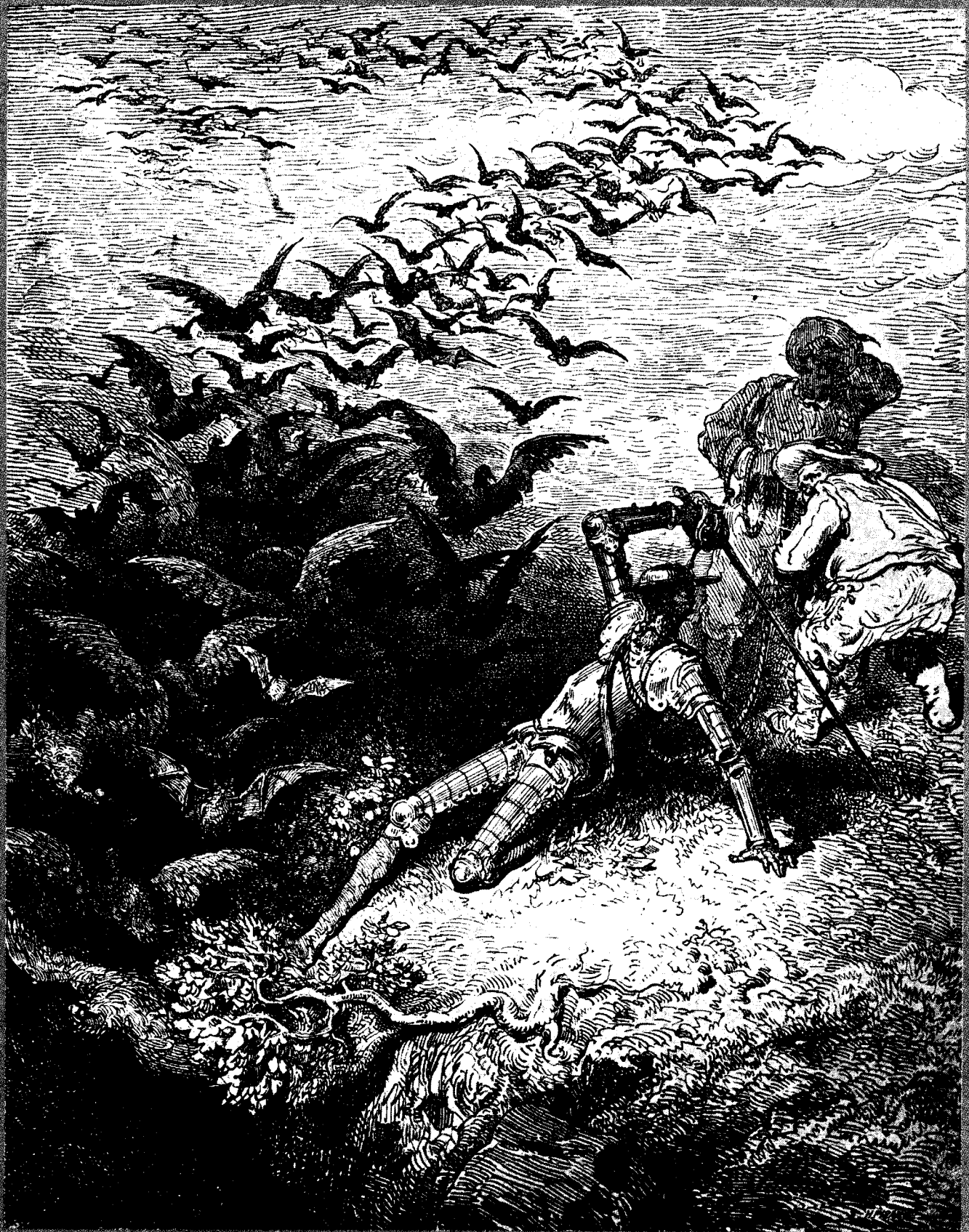
³⁰ Azorín, *Con Cervantes*, Madrid, 1968.

³¹ Alberto Sánchez, op. cit., p. 201.

³² Gregorio Palacín Iglesias, *En Torno al Quijote*, Madrid, 1965, p. 93.

³³ Joaquín Casaldueiro, op. cit., p. 263.

Dr. Ubaldo Di Benedetto
Profesor de Filología Comparada
Newton College of the Sacred Heart
Newton, Massachusetts, EE.UU.
Julio de 1972



LOS SOSPECHOSOS OLVIDOS

Emilio Marín Pérez

Hemos leído con el mayor interés —con el que se merece— la separata extra de la revista "Triunfo" correspondiente a junio pasado. Se titula el interesante folleto "La cultura en la España del siglo XX".

Habrà que contar en lo sucesivo con esta serie de artículos para hacer el balance de nuestras conquistas o de nuestros fallos en el terreno de lo científico, intelectual o artístico en este siglo que se nos está ya escurriendo de las manos.

En pocas ocasiones encontraremos un equipo tan enterado y competente como el que ha redactado este opúsculo aplicado al estudio de un objetivo tan ambicioso.

Es todo un siglo el que se pone bajo el espéculo de los especialistas, que en este caso se llaman José Luis Cano, Aguinaga, Tuñón de Lara, García Camarero, Aurora de Albornoz, Ridruejo, etc., etc.

Y no decimos, "y otros que sentimos no recordar" porque tenemos la lista delante de las narices y constituiría una estupidez el uso del estribillo. Es que creemos que para muestra bastan unos botones, sin que ello suponga orden de prelación.

Del siglo XX se trata, que son cien años aunque no estén cumplidos, pero en realidad el conjunto no enfoca el panorama cultural español sino en la Dictadura y en los angustiosos años de la guerra civil.

No nos es dable discutir sobre ciertas apreciaciones. La historia de nuestras inquietudes intelectuales hay que centrarla en la llamada Generación del 98 y si acaso en alguna floración subsiguiente de las letras como la del 27.

La guerra fue un trauma espantoso para la cultura, ésta como las demás. Pero el opúsculo carga la mano en la interpretación de la desigual división que los acontecimientos determinaron entre los valores del espíritu. En el lado de la izquierda quedó todo lo bueno, en el de la derecha sólo hubo que contar con algunas "migajas" aprovechables. Se olvida un poco el planteamiento material de la guerra; de un lado las grandes poblaciones donde vivía la "élite" del saber y de otro la zona rural. En pocas palabras, eso de que el saber estaba con los rojos por su propio peso específico no es verdad del todo. Con el mayor respeto para las más cultas minorías, nosotros creemos que con Madrid en la "zona nacional" se hubiera podido decir algo bien distinto. Pero, en fin, hablar de lo posible puede que sea el cuento de nunca acabar.

Tras una espera prudente, cuando se prolongó el conflicto, "no quedó títere con cabeza". Los hombres del espíritu levantaron sus tiendas y las plantaron en tierra neutral y pacífica. Unos escaparon de la España nacional y otros de la republicana, aun antes de que se terminara la confrontación.

Uno de los colaboradores hace relación pormenorizada de los escritores y poetas que se quedaron en el exilio y que en el exilio escribieron. Y que nos privaron para siempre de su magisterio directo. Algunas de sus mejores obras, en las que sin duda el propio exilio tuvo que poner su impronta, todavía a estas alturas no nos han sido dadas a conocer.



Muchos, muchos nombres contiene esta enumeración y, posiblemente, todos figuran con derecho —quien entiende, entiende— pero no están aquí todos los que son.

Vamos a citar solamente un nombre, un nombre de los que no podían olvidarse, el de Alfonso Camín, poeta cuya vida y cuya obra conocemos bastante a fondo.

Y de Camín no se acuerda nadie en el opúsculo; o porque la poesía "caminera" esté ya pasada, o porque

Camín fuera hombre de pocos amigos presentes, o porque los especialistas hubieran querido distinguirlo con su olvido.

Camín estaba en la España nacional y se largó, no sabemos si por propia decisión o por invitación de las autoridades. Pasó de Asturias a La Coruña, de La Coruña a Portugal, y de la hermana nación a América.

Y se llevó bajo el brazo la lira, y en Cuba y en México estuvo editando y reeditando libros y más libros; de ensayos, de memorias y sobre todo de poesía; una poesía valiente y maravillosa que iba a garantizarle un lugar de honor en la Historia de nuestra Literatura, si no lo tenía ya antes del exilio.

Camín tiene en su haber cien libros, nada menos, y libros que pesan, que hay que contar, aunque no sean de "protesta", libros de la talla de "Carey" y de "Adelfas". Camín es el fundador de la **poesía afrocubana**: color, música y erotismo; de la que sabe a "vudú" y se acompasa con tan-tanes; un ejemplo basta para demostrarlo: "Macorina". Este poema ha dado la vuelta muchas veces al mundo de nuestra lengua.

Pues su autor, el luchador que descansa en Madrid de sus avatares, de sus conquistas y de sus sufrimientos, no merece ni un renglón. Un montón ingente de escritos laudatorios, suscitados por la impresión que produjeron sus libros, quedan también olvidados, como si no los hubieran suscrito Federico de Onís, López Velarde (México), Guerra Flórez (Cuba), Astrana Marín, Constantino Cabal, Luis Huerta, etc., etc.

Hace unos cuantos años Juan Antonio Cabezas decía en un reportaje de "Pueblo":

"En la ciudad de México hay un poeta español, asturiano, que es tan popular, por lo menos, como 'El Caballito', que es como decir en Madrid la Cibeles.

Poeta neomodernista, Alfonso Camín es un curioso personaje que desde siempre supo rimar su vivir y vivir de sus rimas, con una pasión y un garbo que ya no se estilan.

Es tan popular entre los desterrados como entre los residentes y los hombres cultos del país. Edita desde hace 30 años su revista "Norte" y escribe libros de versos, de memorias y de ensayos históricos con gran maestría..."

A pesar de todo esto que dijo el conocido periodista español la figura del poeta asturiano de la capa y de la "tranca" se quedó traspuesta en esa nómina de los ilustres ausentes que hizo la revista "Triunfo".

Se quedó en el desván de la memoria del especialista de turno la imagen del poeta inconforme de siempre, del hombre que no se dejó encasillar por nada ni por nadie, ni más ni menos que si para entrar en la historia hubiera que dejar en prenda, en la portería, la "independencia"... y él no hubiera aceptado.

Como decía el otro maliciosamente, "a la fama también se llega por el camino de las cofradías".

Sentimos mucho tener que hacer estas apostillas, entre otras razones por la de que haya venido a provocarlas una revista como "Triunfo", de la que somos asiduos lectores.

cuento con odio

Lilí Franco

Andaba por la casa como un reproche; silenciosa, hosca, rumiando amarguras viejas, pero no olvidadas. A ella le ardían en el pecho, como si ayer, hoy, ahora mismo, la estuvieran quemando.

La toleraban y hasta se habían acostumbrado a su presencia gris y desteñida como un trapo que nunca se sabe por qué se guarda. Primero, claro, compartieron sus lágrimas, sus desencantos de muchacha y hasta sus esperanzas de un "tal vez..." pero poco a poco la fueron dejando sola con su pena que ahora no era más que rencor. **Rencor a la juventud, a la vida, a todo y a nada.**

El destino le dio su parte y si fue de las peores, no supo transformarla en amor, en piedad, en cualquier cosa que no es más que egoísmo, pero ayuda a llevar la carga.

Su presencia acusaba la dicha cotidiana, el amor sin sobresaltos, los sobrinos que no eran sus hijos. Eran de otros, hechos de un amor que a ella se le había negado.

Fue joven y también linda y coqueta. Sabía y podía vestir mejor que otras muchachas del pueblo. ¡El pueblo! Hasta él le mostraba su triunfo como una burla; creció, como los hijos ajenos. De tarde enloquecía con los altoparlantes sobre la calle principal, como señal de progreso, con músicas dislocadas, tangos quejumbrosos y pocos, muy pocos de aquellos vales suaves que ella bailara... ¡cuántos años, ya!

Y su rencor proseguía para detenerse con particular encono en el reloj que, desde la casa parroquial, daba las horas con un son que a ella se le antojaba letanía: **—¡esas campanas me odian, como todos! Están llamando a mi muerte.** Pero su muerte ya se había cumplido sin que ella lo supiera. En un ciclo de aridez, de costra hecha en la mugre acumulada de sus sentimientos. Era un palo seco, que andaba dando rabia; una casuarina segada por el vendaval; un ceibo marchito, usado de palenque.

¿Cómo, cuándo, aquella muchacha rosada y fresca, se transformó en sombra? Nadie podía decirlo. Comenzó por cierto, cuando a los quince años se enamoró de un forastero. El pueblo, chico para sus pretensiones, no albergaba a nadie digno de merecerla. Por eso "tuvo" que ser un forastero. Era lo que ella soñaba, lo que esperaba, lo que merecía.

Anduvo con él un verano de naranjos floridos, de jazmín al pelo, de Paraná azul de maravilla. Un verano...

Luego, una promesa, una carta que acaso se pierde después, y el silencio de un invierno largo, pasado al calor de la cocina, junto al tejido interminable, contemplando a veces desde la sala grande y oscura, la gente que pisa el barro o la casa de enfrente, donde "las Giménez", más feas que ella, reciben un novio.

Después del forastero, fue un mozo del pueblo vecino; un chacarero rubio, alto, de esos que tienen dinero, aunque no se les vea y que, sin saberse por qué, dejó de venir de semana en semana.

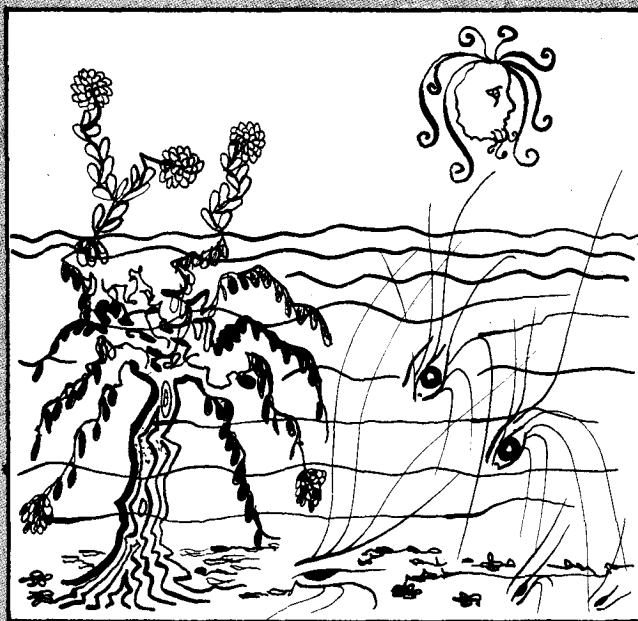
Los escarceos se sucedieron y se fue templando en una experiencia que le iba dando miedo. Miedo al qué dirán, a ser como esas solteronas de Aguirre, de las que todos —hasta ella— se burlaban. Por eso cuando llegó el último, se dispuso a no perder la partida. Jugó todas sus cartas y la última se le dio mala. Quedó en la historia de las comadres, como la novia plantada en visperas de la boda. Para entonces, ya había comenzado a envolverse en su caparazón de miedo y el miedo quiso darle la razón.

Desde entonces andaba por la casa como un reproche, como si todos tuvieran la culpa de su infortunio. Ella quería lo que le debían. ¿Quién se lo había quitado? El destino, la vida, su mala estrella.

En su silencio acumulaba odio. Celosa, tiernamente lo acumulaba. Sabía que en su presencia no se hablaba de las que se iban casando, pero la novedad llegaba en la algaraza de las campanas, en las voces nuevas que pasaban a través de las celosías cerradas. Cerradas, pero no ciegas a su hurgar de bruja. Cerradas para los demás, pero abiertas para ella, para su pasión enferma, por un simple mirador, desde donde se torturaba con gozo cruel, asomada a la felicidad de los otros. Así, sin que nadie lo imaginara, vio salir una detrás de otra a las tres Giménez, consolándose al decir, que alguna vez saldrían así rumbo a la muerte. Si ella se hubiese ido a la ciudad... pero no, se quedó allí, atada a su rabia de animal herido, para ver crecer a los hijos de las Giménez desde el vientre colmado hasta la chapa de ingeniero, siempre brillante como una alegría. Atisbaba, sin comprender que en su odio se le iba el corazón, cerrándose, una a una las puertas de la esperanza. No, ella no sería jamás la tía resignada y complaciente; tampoco la beata que iba a confesar pureza de pecados que soñaba cometer. Vivía para la angustia de la venganza. **Deseaba vengarse de todos.** Sabía que de algún modo, la vida iba a pagarle su desolación. Por eso era dichosa con ver salir de casa de los Giménez, a un médico de rostro preocupado, conocer el fracaso de un examen, la disolución de un matrimonio. Fue realmente feliz, cuando adivinó lágrimas de amor, en los ojos de su sobrina, esa que se le parecía tanto. Pero eso era poco, casi nada para esa sed morbosa que la corroía, atormentándola hora tras hora. Bajo su aparente indiferencia de cosa muerta, rugía el ciclón que deseaba arrasarlo todo, destruir hasta la última estrella de la tierra. Y esa madrugada supo que el momento había llegado. No sintió miedo, sino una alegría como ya no se podía creer capaz de sentir. El llamado urgente, angustioso dado a su puerta confirmó sus sospechas, traídas por el rumor de la calle, después de un sueño casi letárgico.

—¡Tía, tía, levántese pronto, por favor! Hay inundación, algo como nunca se ha visto. El Paraná se ha ganado al pueblo. ¡Contésteme! Tía, pronto, pronto por favor. Tengo frío, el agua me llega a las rodillas... ¡tía!

Gritaba y golpeaba la puerta con los puños, sacudía el picaporte. No le contestó. Advirtió que toda prisa era inútil. Ella conocía su río, su río vengador. Habían dormido como justos y el agua no pedía permiso. Como



decía la muchacha si ponía el pie en el suelo, el agua le llegaría a las rodillas. Lo hizo sin embargo, pero lejos de intentar ganar la puerta, se dirigió a la ventana que daba a la calle. Le gustaba oír el llanto de su sobrina, clamando porque saliera: —(La muy hipócrita —pensó— llora por ella, por el tiempo que pierde mientras me llama).

Con los oídos en la voz de la sobrina y los ojos ardientes, casi alucinados, se prendió a las viejas cortinas de macramé, separándolas bruscamente. Necesitaba ver, ver. Quería grabar en sus retinas el gesto lloroso de las Giménez, de sus maridos, de sus hijos. Tenían miedo todos los que podían perder algo. Ella no tenía nada. Necesitaba ver a toda la gente del pueblo sufriente, sin ánimos para exhibir sus amores, su juventud, sus trajes. De un tirón, las cortinas cayeron; abrió de par en par las antiguas ventanas y las altas celosías. Un torrente caudaloso invadió el cuarto, dejando entrar con él, el gris plomo de un cielo bajo y oprimente.

Los Giménez estaban en el balcón. Se oían llantos confusos, gritos, imprecaciones. Sólo ella permanecía extática, con una beatífica expresión grabada como a buril en su rostro seco. La sobrina ya no se oía. La casa era por fin el silencio que ella anhelaba. Andarían todos trepándose por los techos, desesperados por salvar sus miserables vidas como algo precioso. En su pieza, los muebles comenzaron a danzar algo infernal y blando. Los Giménez gemían a coro. El agua los trepaba, como una hiedra los trepaba. Ella sabía que para esa historia había un solo final y lo esperaba con deleite. Estaba agradecida por ese bien que de pronto le había caído. El dolor, así, lento, prolongado, era un premio justo a su padecimiento. Supo que iba a morir, que todos iban a morir. Ella con su soledad y su rencor. Ellos con sus casas, con sus hijos, con todo lo bueno que la vida les había dado. **Y entonces rió. Rió con todas sus fuerzas. Murió con una risa trágica.** Con la mueca más cruel y más triste, que se viera en rostro alguno.

LA RAIGAMBRE LIBERAL ESPAÑOLA DE LA INTEGRACION EUROPEA

Alfonso Ayensa

Vicepresidente del Ateneo Español de México

Avalado con un prólogo de Salvador de Madariaga —que es indudablemente uno de los más entusiastas y perseverantes propulsores del sentimiento europeísta— prólogo en el que se contienen algunas reflexiones sobre el tema, Anselmo Carretero recoge con amplitud en su libro* cuanto ha escrito en el transcurso de los años sobre cuestión tan debatida, y siempre actual, como la relativa a la unión europea, precisando conceptos y dejando constancia de actitudes manifestadas por pueblos y gobiernos desde épocas ya lejanas pero no convertidas todavía en auténticas realidades. Naturalmente, el autor, hombre de ciencia, de origen español y a la vez investigador de la historia, estudia de un modo minucioso, con agudeza crítica, la problemática de Europa, conjunto de naciones que es, mucho más que una idea geográfica, una entidad fundamentalmente cultural y moral, una manera de concebir el mundo y de estimar al hombre: la concepción racional de la naturaleza, que iniciaron los griegos, y la estimación fraternal de la dignidad humana, que predicó Cristo. Ambos son, en opinión de Carretero, los dos grandes cimientos en que se basa toda construcción sustancialmente europea.

Libro tan rico en sugerencias, compendio de inquietudes espirituales aún no traducidas con exactitud y justicia en políticas certeras, bien merecería un análisis profundo y detallado que no puede contenerse en los obligadamente estrechos límites de la nota bibliográfica habitual; es justo, sin embargo, que quede constancia, aunque sea brevemente, del esfuerzo llevado a cabo por el autor y que aparece plasmado en numerosas de sus obras, tendientes todas a desvanecer confusiones históricas y a resaltar los orígenes europeos del liberalismo y la incesante aportación hispana a esa corriente del pensamiento “que adquirió en España carta de naturaleza política” y que “tiene base tan española como hispanoamericana” pues entre los progresistas de comienzos del siglo XIX —algunos de ellos mexicanos— en las Cortes de Cádiz, y no por derivación erudita, sino por creación del pueblo, los participantes en tal asamblea y el aura popular que la alentaba llamaban liberales a los partidarios de las reformas, a los defensores de los grandes postulados proclamados por la revolución francesa que, en realidad —y no cabe olvidarlo— tuvieron su antecedente político, su raíz histórica, en las viejas libertades españolas.

Hace constar seguidamente el autor que el ideal de universalidad, fundado en la moral humanista que forja la hermandad entre todos los hombres, no puede concebir una sociedad establecida sobre bases restringidas o propósitos exclusivistas; así “Europa no puede cerrarse egoístamente, porque si lo hiciera negaría su propio espíritu” y “aunque la sinrazón, la injusticia, el despotismo, la mentira y el crimen hayan dominado muchas veces, en etapas tenebrosas, la escena europea, la historia de Europa puede resumirse como una larga, incesante y dolorosa lucha del hombre por un mundo mejor; más justo, fraterno y razonable”. Partiendo de ese concepto universalista y apoyándose en la razón y en la moral, savia del ideal europeo, Carretero pasa a revisar las ideas de Nación y de Estado, aclarando juicios e interpretando posiciones predominantes en cada etapa histórica, haciendo uso, en cuanto a la idea de nación, de criterios lingüísticos, étnicos, sentimentales en lo que concierne al amor de cada ser humano por su suelo natal, y llega a la conclusión formulada por Pi y Margall de que la única base racional de la nación como unidad radica en el libre consentimiento de los grupos humanos que la constituyen. Alude a diferentes opiniones emitidas en nuestros días sobre esta apasionante cuestión y señala las experiencias de determinadas comunidades humanas, de características distintas: “la nacionalidad —dice— no es nada estático, rígido e inalterable, sino algo que se transforma con el tiempo y está en continuo hacer” y más adelante afirma: “Variedad, diversidad, heterogeneidad, son conceptos con que topamos a cada paso en el estudio de las cuestiones nacionales, tan complicadamente humanas” y “el hecho de que España aparezca como una familia de pueblos y Francia o la vasta Rusia como una sola nación no debe desagradar a ningún español y pone de manifiesto el rango superior de la nación española en lo que a su complejidad estructural se refiere”.

Después, en el capítulo titulado “Unidad y diversidad”, declara “Europa significa universalidad; pero también, y con no menor empeño, diversidad”; con el respeto a la persona humana, respeto a las comunidades voluntaria y conscientemente mantenidas; respeto a los diversos pueblos y naciones de Europa y de todo el mundo. Unidad en la diversidad, de acuerdo con la dialéctica de la cultura, que es la forma superior de orga-



nización en la vida política y social de los hombres. Cuantos se han ocupado de la Unión Europea coinciden en concebirla no como una nueva nación resultado de la fusión de las actuales nacionalidades de Europa, sino como unión, en un ambiente de solidaridad, dentro de la diversidad; una Europa cuya libertad global sería la mayor garantía de libertad para todos y cada uno de sus pueblos. No se trata, pues, de unificar, sino de unir, mediante la libre voluntad, a todos ellos y proteger, con la fuerza de la unión, la personalidad de cada uno. Esto es, la integración europea no es, por tanto, la formación de una gran nación que abarque a todo el Continente, sino la instauración de un Estado supranacional que una firmemente a las naciones de Europa y mantenga a la vez la personalidad de cada una de ellas en lo que, a la larga, podrá llegar a ser una nacionalidad superior europea, que significaría una solución federal.

La planeación económica —subraya Carretero— no es incompatible con federalismo y descentralización estatales, sino que, efectuada en forma coordinada en todos sus niveles, valiéndose de instrumentos adecuados y coherentes —sin una fría regionalización tecnocrática— es la vía necesaria para una democratización y la base de la prosperidad común. Por último —en lo que respecta a Europa concretamente— Carretero proclama: “La Europa de las patrias, sí: la de las nacionalidades, no la de los nacionalismos y los Estados insolidariamente soberanos”. Y, agregamos nosotros: Toda esta teoría política que se refiere a Europa, es plenamente aplicable a las naciones de América. Por eso, en el gran impulso a la integración latinoamericana —que debe ser mucho más que una asociación económica y comercial— impulso tan alentado por México principalmente, reside la fuerza capaz de forjar el progreso continental, en lo espiritual como en lo material.

LA PERFECTA CASADA

Gregorio Marañón

De los libros de Vives hay uno que alcanzó fama singular. Se llama Institución de la Mujer Cristiana. La primera edición apareció en Basilea, el año 1538, dos años antes de la muerte de su autor. En este libro hace el maestro de Valencia un retrato de la mujer perfecta, de la perfecta casada, menos lírico, menos atrayente, más severo que el que trazara cuarenta y cinco años después fray Luis de León. Fray Luis recogió anécdotas y visiones directas de la vida española de su tiempo, para zaherir graciosamente a la mujer frívola y hacer resaltar así las virtudes de la mujer de su casa. El arquetipo femenino de Vives, también profundamente cristiano, tiene una cierta rigidez puritana, una severidad de ortodoxia del centro de Europa, que recuerda a la que pasa por los libros de los reformistas. Es menos español que el modelo de fray Luis de León. Pero de tiempo en tiempo surge también un gesto airoso que denuncia la humanidad viva de la mujer que, tocada con los atributos severos de la virtud, le sirve de modelo.

Esta mujer es Margarita. La denuncian muchas pinceladas de la apología de Vives.

La esposa, en efecto debe tener dulce el decir y no la lengua amarga e injuriosa; «alabar poco, pero vituperar menos». Sin este gesto discreto, la compañía de la mujer se hace un suplicio. Ya lo dijo el sabio: «Más vale habitar en un desierto que vivir con hembra atolondrada».

El vestir de la esposa será siempre con largueza en el lujo del aseo; y no en el de las joyas, porque hay muchas mujeres que por ir en exceso alhajadas obligan al marido a negocios deshonestos. Funesta es la matrona pródiga. El oficio del varón es allegar el dinero con su trabajo; el de la mujer, guardarlo y gastarlo con inteligente medida.

Nada satisfará a la esposa como el saber y la inteligencia del marido. Es cierto que junto al ignorante y al mentecato pueden pasarse algunas horas de grata frivolidad; pero, a la larga, sólo de la convivencia con los espíritus trabajados en la sabiduría nace la verdadera comprensión y la paz. El hombre que medita y que crea tiene, quizá, largas horas herméticas; parece por momentos que está ausente de cuanto le rodea, como embozado en una distracción que hiere a la ternura de

la mujer. Pero ésta no debe olvidar que de las ausencias de la meditación es de las únicas que vuelve el hombre con la conciencia limpia. **La esposa ejemplar acabará por seguirle durante esas horas con ese fervor silencioso,** que tiene realidad más firme que el cayado en la mano de los viejos o la guía del lazarillo en el incierto paso de los ciegos. También el niño tiene tan sólo una conciencia remota de la presencia de su madre, que hila su rueca en silencio junto a la cuna; pero está dentro de ella, que es más que estar con ella; y si la madre se ausentase, el hijo no podría soportar el vacío de su presencia. **Un hombre absorto en su trabajo es siempre así, para la mujer inteligente: algo de hijo.**

Marta y María.

La iglesia debe ser el lugar en que las almas doloridas encuentren el ambiente sereno y silencioso para entenderse con Dios. Algo así como el jardín propicio donde dilata sus miembros y su espíritu oprimido el infeliz prisionero. El ir a la iglesia, por lo tanto, no puede ser una costumbre. Aunque se vaya cada día, cada día debe meditar la trascendencia de ir.

Son las mujeres superficiales las que disminuyen la severidad augusta del templo. Entrad en él y veréis, acaso, pocos hombres; pero es seguro que estarán ensimismados en su diálogo con Dios. Mas a muchas mujeres se ve bien que las condujo al santo lugar la costumbre, cuando no tácitas confabulaciones para verse unas a otras y conversar a la salida. Algunas se pasan allí las horas muertas, olvidando en casa a los maridos y a los hijos y los negocios domésticos, con cuyo cuidado se sirve también a Dios. Hay muchas mujeres que toman demasiado al pie de la letra la simpatía de Jesús por María, la que le honraba con ungüentos mientras Marta se afanaba en la doméstica labor, sin comprender bien las divinas palabras; porque María, en verdad, no rezaba, sino que soñaba, que es una forma excelsa de crear.

Cierto que no todas las mujeres son así. La mujer perfecta tiene de las dos: de Marta, la hacendosa, y de María, la de los ensueños. Observadla en la iglesia y la veréis llegar apresurada, en el descanso de dos queha-

ceres. Nada la importan las demás. No podrá decir después a quién ha visto en el templo, absorta, como estaba en el careo con su conciencia. Pues bien; esta mujer, recogida en sí misma, devota sin extravagancias, sencilla en su limpia belleza, que cruza entre las demás, endomingadas o aparatosamente enlutadas, que todo lo vigilan y todo lo comentan, esta mujer no es otra que Margarita.

Llegará la noche, y acaso el marido, fatigado por el trabajo o por los contratiempos, caerá, silencioso, en el lecho. La buena esposa, manantial inagotable de buen sentido, acude entonces y le hace ver con intuición maravillosa esa vena escondida de alegría, por lo menos de conformidad, que lleva en sí el contratiempo más duro, la más terrible adversidad. Si es preciso, recitará al varón triste «alegres fábulas, jocundas historias con que entretener su caminar». **Unas palabras ligeras de la voz de la amada son muchas veces como ese viento que no hace apenas ruido y que disipa en el cielo las nubes más oscuras.**

Y acaso también el marido, un día, vuelve a casa enfermo y tiene que pasar largo tiempo inmóvil y doliente. Quizá el mal es la gota, que paraliza los miembros y los aflige de punzadas más sutiles que las de los instrumentos de tortura; o el mal de piedra, que desgarrar sus entrañas. Entonces la mujer se transformará en un ser sobrenatural. Los remedios más poderosos, las maniobras sabias de los médicos no pueden compararse en eficacia con la simple presencia, tácita, fresca, lenitiva, de la mujer, que entra y sale y lo vigila todo y pone su mano fría sobre la frente angustiada; y «cubre los miembros del enfermo para que no tenga frío»; y le lava y acerca a sus labios el agua o el remedio amargo que traerá la curación.

Los divinos defectos.

Así vemos surgir la figura y el alma de Margarita a través de los graves capítulos en que Vives nos cuenta cómo debe ser la matrona ejemplar. Alguna vez advináanse también los defectos de la antigua discípula. Acaso, acaso, era demasiado complaciente con las faltas de los demás. Su bondad juvenil le hacía disculparlo todo. Las bromas, un tanto escandalosas, de los discípulos y amigos, de Maluenda, de Alderete, de Honorato Juan, de Tamayo, de Manrique, de Valdaura el joven, hermano de ella; alborotadores incansables, demasiado afectos al naípe, encontraban en Margarita explicación permanente y, en ocasiones, jocunda complicidad. El severo Ludovico no quería transigir. Se acordaba de su madre, y solía exclamar: **«Ninguna madre amó nunca a sus hijos como la mía, y jamás fue complaciente con mis faltas; jamás me perdonó el castigo de ninguna de ellas».** Pero Margarita insistía, y la severidad de Vives cedía al fin.

Le ayudaba a ser indulgente el recuerdo de Erasmo, su amigo y su maestro, que en un libro que corría de mano en mano por toda Europa había escrito: «¿Por qué los filósofos compadecen como desgraciados a los locos?: **amigos míos, ser loco es ser hombre».** ¿Por qué entonces no ser indulgentes con estos mozos en la edad en que una punta de locura es casi un deber?

Otro defecto menos grave, pero un poco irritante, tenía Margarita. Su afán de limpieza y de orden no dejaba en paz los libros y los papeles de Vives. Cada tarde, al volver de su paseo por los alrededores de Brujas, encontraba la mesa de trabajo tan bien, tan bien dispuesta, que le hacía suspirar de dolor. Y eso que Margarita, antes que esposa ejemplar había sido estudiante, había aprendido la razón de ese desorden de los papeles revueltos, y el por qué de que los libros deban quedar abiertos y torcidos sobre las mesas, y la santa justificación de que se respete el polvo de los plúteos. Mas la condición de mujer propensa a la esquemática armonía y a la simplicidad elemental, fuente de todo lo eterno, se sobreponía en ella, con fuerza inaccesible a la persuasión, a su antigua condición de intelectual.

Vives había renunciado a luchar; y al comenzar su trabajo, por la noche, envueltas las piernas en la recia manta de pieles, devolvía, suspirando, a su desorden fecundo, los arreglos de las manos blancas de Margarita. En sus cánones de la casada perfecta no quiere hablar directamente de este desacuerdo conyugal; pero, con discreción suma, refiere una anécdota significativa: «En París fui huésped de Guillermo Budeo, hombre de gran saber, y me contó que su mujer **era tan cuidadosa de sus libros como de sus hijos:** a ambos consagraba sus desvelos con idéntico afán». Y el cuidar los libros consiste, ante todo, en dejarlos donde están.

El supremo puente.

Margarita Valdaura es el modelo de la mujer perfecta que escribió Ludovico Vives. Esta mujer perfecta, en parte humana, en parte ideal, quiso Vives que fuera, también, a su vez el modelo para Margarita: que no era perfecta porque era mujer, y por eso era adorable. Con su belleza y con su gracia, con su granito de humana locura, acompañó al gran filósofo español, uno de los maestros del pensamiento de su siglo, en su existencia de emigrado: emigrado voluntario, en Brujas, por amor de su España.

En uno de sus libros advierte que Brujas, su patria adoptiva, quiere decir «puente». Y lo advierte para que sepamos que para él, para Vives, el sentido de la vida no era la gloria oficial y sedentaria de la cátedra de Alcalá de Henares, sino **la fruición de pasar, sobre el tiempo fugitivo, el puente que nos lleva a la eternidad.**

El lo pasó, soñando, de la mano de Margarita.

Tomado de: *Españoles fuera de España*. Buenos Aires, 1947.

LA MESA DE CASTELAR

Angel Pulido

Hasta sus comidas, sus afamadas comidas, eran un himno de amor a España, donde así los extranjeros afamados que le visitaban como los íntimos amigos que casi a diario nos sentábamos a su mesa, veíamos surgir, al mágico efecto de sus descripciones soberanas, una muy adorable nación, en la que todo era idílico, risueño y atrayente. ¡Qué pluma que no fuese la de Cervantes merecería ni podría describir con fidelidad aquellos sus españolísticos banquetes, donde el patriotismo del anfitrión se revelaba con demostraciones no menos felices, tiernas y seductoras, que pudiera hacerlo en sus discursos y en sus actos! La comida, con ser abundantísima y selecta, era como un pretexto para remontarse siempre a la tierra hermosa, al amigo fiel, al motivo histórico que pudiera relacionarse con la procedencia del manjar, del vino, de la fruta o del dulce que se servía.

Correligionarios y admiradores numerosos y de probadísima consecuencia, que Castelar tuvo, como a pocos hombres fue dado tenerlos, desde su famoso discurso de la tarde del 22 de septiembre de 1854, en el teatro Real, cuidaban de proveer su despensa con lo más escogido que producían o preparaban las comarcas españolas: era un homenaje a la grandiosa y simpática figura del inmortal tribuno, al mismo tiempo que un auxilio al modesto y necesitado hogar del estadista honrado, que nunca le faltó, y recibió él siempre con demostraciones de infantil alegría y de elocuentísimo reconocimiento. Sería muy larga la narración de los íntimos que mantenían estas atenciones. Justo Martínez, Pérez Costales y el general Comerma, le enviaban las ricas ostras y lampreas de la Coruña; la viuda y los hijos de Tapia, los sabrosos pescados de Vigo; Wandsel y Jorquera, los del Mediterráneo y Mar Menor; su fanatizado amigo D. Hilario Lund, los exquisitos bacalao y vinos del Norte; los magros jamones de Trevélez, Extremadura y Sax, corrían a cargo de Secundino Senabre, Ramón Cepeda, Melchor Almagro y José San Martín; José Lázaro, de Pamplona, le surtía de los corderos recentales, a cuyas tiernas carnes consagraba siempre elogios entusiastas; de los embutidos de todas clases, desde las sobreasadas de Palma y Tárbenas, hasta los blanquets de Valencia, y desde los chorizos castellanos hasta los salchichones catalanes. Le abastecíamos Ramón Vidal, Salvino Sierra, Enrique Solier y el que esto escribe; de chocolates afamados y patatas inglesas, se cuidaba el bondadoso Sánchez Villora, de Albacete; la duquesa de Denia le obsequiaba con la cremosa leche de las Navas; la marquesa de la Laguna con las bien

cebadadas aves de sus posesiones, y Francisco Galván con pavos y pollos de Aspe; Juan José Paz, de Avila, con mantecosos garbanzos y tiernas judías; Carmelo Sánchez, de Aranjuez, cuidaba de remitirle las primicias de sus esparragales y huertos de fresa; Bruno Ruilópez, los bizcochos borrachos de Guadalajara, y la famosa miel de la Alcarria, que mereciera rivalizar con la renombrada del monte Hibleto; José Parres los exquisitos quesos de Cabrales y la espumosa sidra de Llanes y Gijón; las hortalizas tiernas, los melones almibarados, las naranjas y granadas, recibíalos de las fértiles vegas que riegan el Júcar y el Segura, con recuerdos cariñosos de Camilo Dolz, de Alcira; Abad, de Novelda; Albero, de Aspe; Oliver y Solier, de Denia, y José Cayuela y Evaristo Llanos, de Murcia; colmaban de dulces su despensa Pedro Rodríguez de la Borbolla y Luis Palomo, regalándole las tiernas tortas, blandos polvorones y delicadísimas yemas de San Leandro, aderezados en las confiterías y conventos de Sevilla; de dulces secos y almíbares de Vitoria, el inspirado literato Fermín Herrán, y de los almíbares de las monjas de Granada, Juanito Echevarría; los mazapanes de Toledo, los empiñonados, peladillas, anises, turrónes y pastelillos de carnes, de Alcoy, y los escarchados de Valencia, recordaban siempre la generosidad de Aura Boronat, Esteban Martínez y otros; los vinos de todas clases, desde el espumoso Champagne y el dulcísimo moscatel malagueño, hasta el democrático Valdepeñas, Fernando Puig, Modesto Martínez Pacheco, José Rodríguez, González Trevilla, Manuel Vázquez, José Pan, Salvador García de la Lama... y para que nada le faltase, aunque nunca fue fumador, Tiburcio Castañeda le abastecía de tabacos, y el popular y afectuoso Santiago Núñez llenaba de leña y carbón los rincones de su casa, y de exquisita mantequilla sus alacenas. Grato y sentido consuelo proporciona recordar esta serie, aunque fatigosa, de amigos leales, quienes con otros muchos que no acuden ahora a nuestra memoria, florecieron y amenizaron ese campo de la amistad, en el cual convivió siempre muy cariñoso y agradecido este hombre destinado a los íntimos y tiernos afectos de la familia y la sociedad.

Consagraba a la mesa un cuidado especial, y era un motivo de orgullo para él la reputación de que en su casa se comía muy bien a la española, cuyos menús disponía con igual esmero que si preparase un discurso sobre política general. De modesto salario la cocinera que le servía, pues nunca remontó sus pretensiones a tener cocinero, sabía hacer a la perfección el arroz a

la alicantina y de otras varias maneras, la menestra, la carne y patatas en guisos democráticos, el jamón y los embutidos en fritangas y salsas regionales, los callos, las manos de ternera rebozadas, el bacalao a la vizcaína, las migas, el besugo a la tabernera... todo ello muy exquisito y capaz de rivalizar con los más delicados platos de Lhardy, y cuantos aderezaban los afamados y costosos cocineros de Bahüer, la duquesa de Medina-celi, la marquesa de la Laguna, Cánovas del Castillo, Martín Esteban, Puig, el marqués de Cubas... y otros numerosos, opulentos amigos que se daban el gusto y el honor de invitarle con frecuencia a su propia mesa, y sentarse a la suya.

Gustaba mucho del buen aspecto de la mesa, y de ordenar la colocación de comensales. Sus ayudas de cámara, más que tales modestos criados, pues nunca tuvo más de uno, y siempre de muy cortados vuelos, Carmelo, Ramón y Esteban, que fueron los tres que le sirvieron desde sus esplendores revolucionarios hasta su muerte, eran verdaderos artistas por él educados en la presentación de una mesa que había de disponerse a usanza de nuestras regiones orientales, y no con esa mísera y antipática sobriedad de que se ha hecho una moda.

Latino puro, alma de artista, gozaba viendo motivos de encanto y símbolos de regiones, que alegraban los sentidos con sus colores, sus refulgencias y aromas. Durante las Pascuas de Navidad, en las que invitaba con inusitada solemnidad a todos sus amigos, en series de catorce o dieciséis, máximo número que recibía su comedor, el artificio de la mesa era deslumbrador, porque allí agrupaba en vistosa colocación los cincuenta y aun más postres que reunía, formando un conjunto seductor, que solían celebrar sus cariñosos amigos los periodistas Abascal, Troyano y Mellado, que muchas veces compartían sus comidas. Petronio, el autor de las maravillas del banquete de Trimalción, hubiera sido un excelente cronista de aquel derroche de productos naturales y artificiales, flores, dulces, cintas, cajitas, cristalerías, luces y colorinas, que formaban como el basamento de alguna monumental y recargadísima anguila de mazapán, recuerdo de la imperial Toledo, que se destacaba en el centro arrobando la vista y casi provocando el aplauso.

La etiqueta era sencilla; muy pocas veces y por motivos excepcionales los comensales vestían frac; alternaban las damas con los caballeros, y nunca había brindis, pero Castelar obsequiaba con su palabra, todavía más que con sus manjares, porque era un hablador incansable y variadísimo. Comía y monopolizaba la conversación en términos tales que asombraba. Era un causeur encantador. La riqueza portentosa de su facundia, la bazarra y el colorido de su imaginación, el donaire y acierto de su crítica menuda, la elevación siempre noble, gallarda y poderosa de su pensamiento,

resaltaban más si cabe en las naderías y desenfados de su conversación particular, que en los grandes párrafos de sus discursos parlamentarios. Lo baladí, lo efímero, magnificábalo su palabra; variaba los motivos con la portentosa habilidad que un concertista cambia las piezas musicales; **era sencillo, claro, sin petulancias**, y el efecto resultaba de lo que decía y el arte natural de exponerlo, más bien que del propósito suyo de conmovir y encantar. Por esto sucedía que generalmente los comensales se entregaban al deleite de escuchar, y solamente cuando Cánovas, Moret, o algún otro orador de esta altura; Balart, Castro, Serrano, la Pardo Bazán, Abascal, u otros ocurrentes escritores semejantes, se sentaban a su mesa, se entablaban diálogos animados, en los cuales lucía un asalto de ingenios que embelesaba. Recuerdo de la última comida a que asistió el ya citado Castro y Serrano, en la Pascua de 1897, que no pudiendo este notable hablador despacharse a su gusto, exclamó en un arranque de impaciencia: «¡Vaya, señores; para poder hablar prometo convidarles a ustedes a una comida en casa de Castelar, pero sin Castelar!»

La política nacional y la extranjera; episodios de la vida de sus ilustres amigos allende los Pirineos; la última producción dramática, o el artista lírico de moda; recuerdos de sus primeros años; intimidades sobre grandes sucesos de la vida pública; chascarrillos referentes a personas conocidas y a flaquezas de sus adversarios políticos, a los cuales fustigaba con gracia, pronósticos sobre acontecimientos nacionales futuros; comentarios acerca del efecto que produjera su artículo publicado en *El Liberal*, en *El Globo*, o en alguna revista nacional o extranjera... todo esto lo iniciaba, exponía y juzgaba con prontitud, barajando con ello el elogio franco de un plato, la invitación a comer y a repetir al comensal perezoso, la galantería a la señora, el recuerdo sentido al amigo ausente de quien procediera el manjar que se servía, con cuyo motivo describía la comarca, la riqueza de su suelo, el encanto de sus panoramas, lo sabroso de sus productos, el valor de sus monumentos, el carácter de sus naturales... volviendo siempre a su tema favorito: España.

Ninguna mesa era más democrática y universal que la suya. En ella los poderosos, los opulentos y los aristócratas, sentían la soberana fascinación del genio que los empequeñecía, mientras que los humildes, los pobres y los plebeyos sentían la influencia de la cordialidad, de la sencillez, de la naturalidad expansiva del anfitrión que los exaltaba y engrandecía. En la mesa de Castelar todos eran iguales y a todos atendía con la misma solicitud: el magnate y el plebeyo recibían por igual las atenciones de su hospitalidad y los resplandores de su genio.

Fragmento tomado del prólogo a *Patria*. Emilio Castelar. Librería de Fernando Fé. Madrid, 1904.

EL ASESINO DE PAJAROS DORMIDOS
EL ASESINO DE PAJAROS DORMIDOS
EL ASESINO DE PAJAROS DORMIDOS
EL ASESINO DE PAJAROS DORMIDOS
EL ASESINO DE PAJAROS DORMIDOS

Trabajábamos en un diario sumamente modesto. Uno de esos periódicos que no se sabe para qué y por qué existen. Descartado lo del negocio, ya que cada edición constituía el fruto de una suma de esfuerzos sin cuento ni cuenta, convendría suponer que por costumbre u obstinación de los responsables. Se llamaba "La Brecha" y estaba instalado en tres habitaciones seguidas del primer piso de una vieja casona de escritorios. La primera hacía las veces de dirección mientras que la segunda era ocupada por la administración con la infaltable caja de hierro en un rincón, y un mostrador para atender al escaso público cumplía funciones de "recepción". La tercera, con una larga mesa en el centro y un pequeño escritorio enchapado en uno de los ángulos, se reservaba a la redacción. Este era el lugar más frecuentado y bullicioso ya que durante largas horas de cada jornada trabajábamos en él una media docena de gacetilleros que golpeando con dos dedos las máquinas de escribir, modelo principio de siglo, contábamos la historia realizada por los hombres habitantes de los alrededores. También usábamos la tijera y el engrudo que era lo único que realmente abundaba. Hacíamos las veces de secretario general y hasta nosotros se llegó un mediodía de julio, bastante frío por cierto, un joven como de veinte años, pobremente vestido. Se cercioró primero quién podía ser de los presentes el capaz de encontrarle un sitio a su vocación pronta a brindarle al pueblo algo o mucho de lo que ese mismo pueblo suele negar. El diálogo que se estableció fue breve, tal como lo exigía la necesidad de aprovechar los minutos ante la proximidad del "cierre". Respondiendo a un interrogante, dijo:

—Vengo de lejos. Desde muy chico me gustó escribir. En mi pago compuse algunos cuentos. No creo que fueran demasiado malos. Si quiere comprobarlos...

Casi no pasaba día sin que se produjesen irrupciones como estas, así que, deseando acortar distancias para arribar rápidamente al "meollo" de la cuestión, pasamos por alto el ofrecimiento y lo interrumpimos para decirle:

—Sin experiencia. ¿Qué podría hacer aquí?

La contestación no se hizo esperar:

—Cualquier cosa. Desde editoriales —observando seguramente algún gesto de sorpresa después de una pausa continuó—. Tengo conocimientos. Llevo leídos casi todos los volúmenes de la "Biblioteca de Ciencia Política de la Editorial Mañana".

Paseamos la vista sobre el núcleo humano que nos circundaba y observando vacío el lugar ocupado regularmente por el cronista de policía, faltante quizá debido a la carencia de los diez centavos imprescindibles para el viaje del tranvía, le hablamos así:

—Esta empresa es muy humilde, realmente pobre. Los pocos que aquí ve, más dos o tres destacados en dependencias del gobierno, hacemos todo el diario todos los días. Los pagos, cuando se producen, llegan con una demora de semanas, cuando no de meses. Los sueldos también son magros. Pero si tiene fortaleza para aguantar necesidades y hambre incluso, puede empezar haciendo policía.

El ofrecimiento debió decepcionarlo más que la rea-

lidad pintada con colores nada rosados porque, de pronto, observamos el brillo de sus pupilas velado como si por ellas hubiera paseado una nube. Pero esto fue cosa de un instante ya que enseguida reaccionó para decir:

—Lo que usted ordene, mejor dicho, lo que necesite. ¿Comienzo ya?

—Si le place—, respondimos.

Nuestro interlocutor, como movido por un resorte se ubicó prestamente dando comienzo a su tarea. Media hora después leíamos su cuartilla y, aunque el desarrollo del asunto no señalara una abundante imaginación, lo encontramos aceptable. De esta manera Julio Julianes quedó incorporado a la redacción de "La Brecha".

El nuevo compañero frecuentemente iba al taller para observar las tareas que demandaba la compaginación. Era comedido hasta el punto que, a poco se convirtió en un auxiliar de regular eficacia. Estaba pronto para hacer el epigrafe de la foto llegada a último momento o redactar la noticia transmitida por teléfono. Todo esto sin alardes y con buen ánimo, con gusto y entusiasmo. Empero los compañeros decían de él que era un principiante con todas sus ventajas y desventajas. En realidad no había caído del todo simpático.

Una noche se acercó y nos habló de esta manera:

—No pretendo renunciar a seguir haciendo policía pero me gustaría que, de cuando en vez, me encargara alguna nota. Me siento con capacidad para intentar otra cosa. Necesito también comprobarlo. Por favor no me niegue este deseo. ¡Estoy dispuesto a someterme a la prueba!

Por el tono y la forma de hablar entrevimos una gran dimensión de sinceridad, razón esta que nos decidió a repasar de inmediato la agenda comprobando que dentro de unos días se celebraba la "Fiesta del Libro". Por eso y aprovechando su solicitud, le pedimos pergeñara un comentario con esa temática. Cumplió el cometido pero muy poco le duró la satisfacción producida por los plácemes cosechados con la inserción de su trabajo en recuadro, bastardilla y primera página. La desventura surgió cuando el pelirrojo Jorge Guzmán, que gustaba aparecer u oficiar de "aguafiestas" se acercó al grupo y, en alta voz, leyó este párrafo: "Los libros son más que libros. Son la vida, el verdadero corazón de las edades pasadas; la razón por la cual los hombres vivieron, trabajaron y murieron; la esencia y quintaesencia de sus vidas".

Enseguida, encarándose con Julianes, y con tono de indisimulada sorna le dijo:

—¿Te has olvidado de ponerle comillas a este párrafo? El corrector me ha dicho que no estaban en el original.

Turbado el aludido replicó al parecer sin mucha convicción:

—No corresponden. La frase me pertenece.

Como si aguardara esta explicación, ni corto ni perezoso el interpelante replicó:

—Entonces no sos lo que pensaba un simple plagiario sino la víctima de un plagio. Amy Lowell se ha

apropiado, claro que muchísimos años antes que la escribieras, ya que textualmente figura nada menos que en el "Diccionario de Citas" de Cesáreo Goycochea Romano.

El momento no resultaba nada agradable así que procuramos abreviarlo usando un arbitrio cualquiera para despejar el ambiente.

Al finalizar la jornada, Julianes se nos acercó para suplicarnos creyéramos en su sinceridad. El era el autor del artículo y posiblemente, el párrafo discutido estaría grabado en su mente tanto que al escribir la nota lo había usado como propio. No le dimos importancia al sucedido tanto que momentos después nos encontramos bebiendo juntos sendas copas de ginebra.

"La Brecha" seguía durando pese a los continuos aumentos que se producían en los costos de la imprenta. Un día, mejor dicho una tarde, el propietario nos reunió en su despacho para presentarnos al sucesor anunciándonos que había vendido la empresa. Como suele ocurrir en estos casos agradeció la colaboración prestada asegurando que se había preocupado por nuestro porvenir hasta el punto que los continuadores estaban comprometidos a conservarnos en los puestos respetando las jerarquías de cada uno.

De esta manera el diario aumentó el número de páginas, mejorando la publicidad y mediante un "afichaje" callejero logró la conquista de varios millares de nuevos lectores. Se comenzó a pagar los sueldos con menor irregularidad lo que hizo posible cierto clima de regulado optimismo. Julio Julianes tenía a sus órdenes un ayudante y un reportero que, desde el Departamento Central de Policía, le transmitía las novedades. Un día nos sorprendió con la noticia de que proyectaba publicar un libro de relatos. Su título —"Llanto de la tarde herida"— nos resultó atractivo. Celebramos el acontecimiento con una comida y los discursos y el pergamino de rigor. Pero Guzmán no quedó convencido de la legitimidad del homenaje. Algunos meses después en uno de esos paréntesis obligados por la profesión se acercó para quejarse:

—Me he leído ciento noventa y siete libros de cuentos. Estoy empachado de narraciones románticas, policiales, de cienciaficción y no he podido, hasta hoy, atrapar en otro embuste a esa anguila.

—¿Anguila?— interrogamos un tanto sorprendidos por la adjetivación.

—Claro, no he logrado pescarlo. Pero no pierdo las esperanzas. Tengo buena "carnada" y anzuelos de último modelo. Por más que me peinen nadie podrá sacarme de la cabeza que Julio Julianes no es sino un impostor que a falta de talento propio se viste con el genio de los demás.

Las cosas quedaron así. El aludido compañero vivía la satisfacción provocada por algunos juicios periodísticos coincidentes de que tenía algunos valores interesantes y que su prosa era limpia sin carecer de giros de cierta elegancia. En resumen, le pronosticaban algún porvenir en la literatura claro que dedicándose a este afán con seriedad y sin descanso.



Emulado por tales predicciones ofrendó un segundo fruto, ya que dos años después apareció una novela suya titulada "Torre vestida de lilas". Cada uno de nosotros recibió un ejemplar con una cariñosa dedicatoria. A nadie nos extrañó este gesto ya que es común. Sin embargo hubo una excepción, Jorge Guzmán fue excluido. Los que buscaron la razón del hecho cayeron en la cuenta que seguramente las dudas del "agua-fiestas" acerca de la paternidad del pretérito libro, habían llegado a oídos de Julianes molestándolo sensiblemente.

Un día Guzmán llegó antes que nadie a la redacción. Traía "Torre vestida de lilas" con párrafos marcados, frases señaladas, todo con rápidas acotaciones escritas con lápiz en los márgenes. Dirigiéndose a nosotros hablando a gritos, como borracho, pero de satisfacción, hizo el anuncio que a todos enmudeció de sorpresa:

—La mentira tiene patas cortas. Este novelista no es tal sino simplemente un copión. Sí amigos, un copión. Esta novela, esta que ustedes están viendo no es otra que "El sueño del ausente", de una escritora francesa Carmela Bidart pero en traducción castellana aquí se publicó allá por 1920.

Atónitos no atinamos sino a recomendar:

—La afirmación es grave, gravísima. Se trata de un colega que se ha hecho aquí, con nosotros. Para acusarlo debes estar no sólo seguro, sino segurísimo. Por ahora, si quieres actuar, debes hacerlo con mesura.

—¿Mesura...? ¡Con un ladrón jamás! No permitiré que pose de intelectual un insuficiente asqueroso. Lo de los cuentos vaya y pase. No son de él pero no tengo pruebas para demostrarlo. Pero esta es la mía, lo reventaré sin asco...

Dado el nerviosismo ambiental nos pareció prudente rogarle que no siguiera hablando del asunto, más aún que lo encarpetara. Nosotros nos encargaríamos de aclarar el tema. Así lo intentamos pero tropezamos con una barrera. Julio Julianes afirmó y reafirmó que el libro le pertenecía llegando hasta prometer mostrarnos los originales del mismo. Así quedaron las cosas ya que no se produjo otro evento pero Julianes resultó destruido. Ya no era el mismo. Cuando le alcanzábamos algún nuevo juicio o le transmitíamos opiniones favorables emitidas o escuchadas por los distintos medios de comunicación a los que estábamos vinculados, nos miraba como si él estuviese parado sobre una montaña, lejos, muy lejos de nosotros. Ya no comentaba libros, ni autores, ni adelantaba proyectos. No hacía otra cosa que cumplir con sus tareas en el diario. Pero un día nos sorprendió invitándonos a la biblioteca del Círculo para leernos los originales de una nueva novela. Fuimos, y después de beber unos tragos, comenzó leyendo las líneas que según él harían un prólogo.

Con voz leve, tanto que debimos hacer un gran esfuerzo para oírlo, dijo:

—Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contra-

venir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra sus semejantes. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos...

Desde el comienzo habíamos comenzado a cambiar miradas de inteligencia. Ignorábamos donde iba a parar Julio Julianes. Pero al llegar a "el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos", alguien, que seguramente no pudo aguantar más, lo interrumpió para decirle:

—¡Eso es de Cervantes! ¿Nada menos que con El Quijote te has atrevido esta vez?

El interpelado blanco y duro como una estatua cerró el cuaderno e incorporándose con voz quebrada por la emoción, expresó:

—Ustedes son unos envidiosos. Saben que están ante un valor y quieren negarlo de la peor forma, calumniándolo. Pero yo les demostraré de lo que soy capaz. Déjenme solo. Necesito producir, producir para iluminar las mentes de tantos ígnaros como los que andan por ahí enrareciendo el aire que respiro, llenando la atmósfera con flechas envenenadas para extinguirme, para terminar conmigo. Sí, conmigo que no soy sino un enviado para enseñarles el camino de la belleza. Cumpliendo esta misión es que escribo para ustedes que no me comprenden, que no quieren comprenderme, que no me comprenderán nunca, jamás. Hay una razón para ello: por más que lo intentaran los ciegos no podrían ver... Yo he escrito, solo yo, esta novela que termina así: **y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien bien te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritores enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las intrigas y disparatadas historias de los libros de caballería...**

Una sensación de miedo fue invadiendo a todo el auditorio. Julio Julianes seguía leyendo sin percibir aparentemente nuestro estado de ánimo. Pero Jorge Guzmán no había perdido la serenidad; sin que se notara su movimiento, se deslizó llegando al teléfono para pedir una ambulancia del Instituto Neuropsiquiátrico. Al retornar a su lugar exclamó sin hacer caso de la lectura ni del lector:

—Está loco. La razón es muy sencilla. La tonelada de supercherías ya no le cabían dentro del cuerpo que cada día se tornaba más flaco. Cuando lo ví la primera vez me pareció tan poca cosa que llegué a pensar que era capaz de asesinar a un pájaro dormido...

Hizo una pausa y, luego, como pensando en alta voz dijo:

—El asesino de pájaros dormidos... Magnífico título para un cuento... ¡Lo escribiré esta noche! ¿Les gusta?

la muerte y los poetas

ANALISIS

sobre la poesía de maría del carmen suárez

Los dientes del lobo

Este libro de poemas de María del Carmen Suárez, nos introduce al conocimiento del inconsciente de una excelsa poetisa (poetas les quieren llamar a las poetisas en la Argentina, ¿por qué?) En castellano está bien dicho: poetisa.

Digo, que es una poetisa porque permite el fluir simbólico de su inconsciente, y como estos simbolismos se pueden descifrar con las fórmulas psicoanalíticas descubiertas por Edmundo Bergler, se puede comprobar quién es poeta y quién no lo es.

Veamos cómo simboliza nuestra poetisa su deseo inconsciente de morir de hambre o de sed, porque en su tierna infancia no hubo suficiente líquido vital para ella:

Fotos de mujeres sedientas
rostros crueles

...
la locura
es el agua que proviene de la noche

...
deambulo viendo drogados de ojos sedientos

...
un torbellino donde se supone
encontrar un manantial.

...
Ahora estos ríos de unión
imprecisos como la visión de un pájaro olvidado
me apresan al amanecer para la formidable tarea
de esperar el sitio propicio para el agua final.

Pero como la sed no es saciada por el pezón (pájaro), el bebé desea devorar dicho pezón, proyectando dicho deseo a la madre, sintiendo entonces el terrible temor de ser devorado por ella. He aquí la formación de la adaptación inconsciente al deseo de ser devorado. Veamos los simbolismos:

Ahuyenta sin piedad a las hienas

...
y las maldiciones habiten los dibujos de reptiles.

...
y me hiere con sus dentelladas.

...
y mi lucha en derribarme
devorarme

...
como dientes de lobo
al costado de la carne suave.

...
Sé,
porque devoro ríos de ojos inquietantes
que el pesar es una cobra hurgando el verano

...
canibales de pronto
odiándonos con furia

...
un túnel con la figura de mi cara
en los dientes de tu furia

...
No hay paz
sólo un destello
una carrera hacia llamas de espanto
en este mundo de lobos que unió nuestro tiempo

"Ofrenda al heredero de la tierra"

Despavoridas ruedan las viboras
secos los higos en jardines de verano
intensos los senos
de mujeres paridas sin desvelo
ahora que alguien en este preciso momento
hurta en mi cuerpo las joyas de mis antepasados
diluidas en la disociación
en la mente de un bandido heroico
que destruyó el tigre del sueño
para poseer el cerebro de la amada
corriendo como un clown
por el círculo de un monte en torbellino.

Cerebro loco
cabeza desordenada
el suicidio ahuyenta la muerte
y corro
hacia un puente donde desenredaré
esta madeja eterna
dilapidación que quiebra los días
en un país que espera mi gesto de impúdica.

Celebremos peregrino
la huida hacia el sueño
la casa devoradora de insectos y gorriones
ahora que como tu cabeza
antropófaga al revés
mirando la vorágine
de los mapas de tu vientre.

Y alguien se acerca
pone su mano en mi cuello
muerte
extrae la luz perteneciente a tu madre
a tu padre
y a ese voraz hijo de las sombras.
Tiende su mano aterida
y posee de mí la parte del horror
la zona de la fruta disecada
y el tiempo del verano.

Quiero herirte
horadar el diamante de tu vida
apagando ese fuego intenso que persigues
ensamblando tu destino a otro destino.
Quiero borrar tu mirada
hacia una peregrinación sin tiempo
desde los templos
hasta el hospicio que retuvo al poeta
uniendo nuestras manos
preparando caminos de destierro
en edificios de juegos imprecisos
a través de la ciudad de los elogios.

II

Secta de peregrinos
yo te canto como el combatiente
que encuentra una rama florecida
en el camino de la muerte
resucitando para ver crecer
el momento del encuentro y el olvido.

III

Hablo
porque alguien al nacer habló conmigo
y susurrando
descontroló las rutas
el meteoro de mi salida a las islas
y partiendo mi cráneo
introdujo el signo del secreto.

Ahora poseo el agua y el fuego
no así la tierra
donde lidian el animal y el hombre
ni la arena blanca
o el aire que se expande
en trenes que emigran
a los disturbios del lenguaje.

Recuerdo la asesina
que se asoció a los bosques de entregas
o al hurgador de pieles de leopardo
quejándose de mis garras
del hilo de sangre en mi cuerpo
cumpliendo ritos memoriosos
y femeninos.

Me reconozco en esos parques
de cuadros sin término
que veo en las metrópolis
en vahos de pintura donde me introduje
hasta ser la tela de un grabado
de enanos posesos
que retuvieron el origen de mi nombre

Ahora hechizo tu casa
y me ausculto
viendo el desterrado que posee
la marca de augurios
y los muertos vienen a buscarme
a través de su nombre.
Entonces el mundo de la inocencia
el verde corazón
revela la casta astral de la piedad
y me dirijo a los sin nombre
a los que sufren en los campos
la persecución
y no comprenden todavía mi lengua
que es como el surco de lana
de sus animales
o la posesión
de la justicia secreta del origen.

Pero es que el pezón maligno no sólo puede devorar
sino también envenenar como lo hemos visto en Juana
Inés: Fénix de América. Veamos este temor erotizado
en María del Carmen:

Duermo invitada por dragones asesinos
que muerden los senos
y la incierta criatura crece en mi ojo dilatado
se va dejando secretos en un recipiente venenoso

...
Era el momento de abrir compuertas
y debajo del agua contaminada
rodé en un sector destinado a un pájaro
destrocé las alas
comí su corazón

Si la imagen materna fue hambreadora, devoradora,
envenenadora, lógico es que el bebé se sienta recha-
zado o abandonado por dicha imagen. Veamos el deseo
inconsciente de ser abandonada:

Quise olvidar muertes
dormir sin sueños de destierro

...
porque amar es despertarse solitario
absorbiendo el destino en senos
cálidos como la ausencia.

...
**Te abandono
me abandono
porque mi sed es de ausencias.**

La poetisa sabe que la vida no es más que lucha como dijera Ortega, es lucha contra la muerte. Como el poeta tiene un deseo inconsciente de morir tanto mayor es su lucha por la vida:

**Un abrazo en medio de la batalla más feroz
puede ser la última mirada para el mundo
y también la verdadera distinción
entre la vida y la muerte.**

...
**Destruye para recuperarme
y sabrás que son destellos
la vida y la muerte
que juntas marchan por esos lugares
como la muralla de los rostros
al final de las palabras.**

Los poetas a través de sus simbolismos nos demuestran su tragedia infantil en un desesperado intento de que alguien los escuche y los consuele, o bien, les explique el por qué de su sufrimiento gozoso. Veamos sus regresiones:

**De otra manera
es un delito soñar
destilar líquidos de lo oscuro
mientras un viejo cuchillo
abre heridas de muerte.**

...
**El riesgo me obliga a abrir tu pecho
y encontrar un río semejante a mi infancia**

...
**Mi lugar de origen
dorada situación de inocencia
y perversión
es la cruel visión de un niño
navegando el agua prenatal.**

Habremos observado que todos estos deseos inconscientes son autodestructivos, pero en esta poetisa son sus defensas constantes y la aceptación de su masoquismo es todavía incipiente. Veamos:

**Siglo de oro líquido
donde mostramos las joyas del amor
eruditos en las fiestas del placer
y la muerte**

Su identificación masoquista o simpatía por los infortunados, es clara:

**y nos llegan voces de muertos
de perseguidos niños del destino
corriendo velozmente
el peligroso río de la lucha.**

...
**el peligroso sarcasmo
o el asesino que acaricia la piel del condenado.**

Pero sobre todos los demás se destacan los símbolos poéticos de la muerte porque nuestra poetisa tiene el placer, el gozo, la dicha de ser muerta por su imagen materna, y contra esta adaptación masoquista se defiende con su conducta, con sus sueños y con sus versos. Veamos:

**El dolor
sube como la memoria de la raza
dispersa mi vida
y soy la asesina**

...
**El mal se adhiere
a mi zona benigna
sacando destellos
organismos del aire
que resguardan de la muerte.**

...
**Cerebro loco
cabeza desordenada
el suicidio ahuyenta la muerte
(la aceptación del deseo inconsciente de morir ahuyenta la muerte y el insomnio)**

...
**Secta de peregrinos
yo te canto como el combatiente
que encuentra una rama florecida
en el camino de la muerte**

...
**y los muertos vienen a buscarme
a través de su nombre.**

"Los vehículos de la muerte"

**Le temes a la muerte
y de tus ojos se apoderan
los anhelos del olvido
yo cubriría tu decisión de enfrentarla
otorgándote el poder.**

**Prisionero de vahos lejanos en aldeas de sol
y ferias imponentes
conociste un paraíso de siestas
donde yo había abierto las puertas
buscando enfrentarme con tu sombra.**

**Ahora en una ciudad de grietas oscuras
encontramos un linde para el recuerdo
que grabó en las piedras de tu lejana habitación
mi nombre secreto como un páramo
para que nunca el sol hunda su puñal y lo aniquile.**

**Le temes a la muerte
a pesar que alimento tu fuego
con visiones de un edén perdido
y cuando más dedico mi tiempo
a esta tarea silenciosa**

nuestra unión acelera los pasos de tu miedo
y abrazados
pareciendo un río de aguas sin retorno
entrelazamos nuestros destinos
y la piel
poderoso imán de los amantes
nos hiere
agitando nuestros brazos
hasta ser pájaros en las manos del deseo
animales perdidos en selvas de traición
canibales de pronto
odiándonos con furia
por algunos desaciertos de lenguaje
y rodamos en jaulas abiertas al ocaso
emprendiendo la aventura
en nuestra brisa de cuerpos apagados
después de los tormentos
y no hablamos
avanzando cada vez más
en el corazón del mundo
que creamos en silencio.

...
Observo la miseria
portadora de muertes prematuras

...
Ellos hurgarán con ojos de espanto
los animales terribles de la época
juntos cerrarán las puertas de la muerte
apartando cadáveres en días de traición.

...
Tus ojos son el único universo penetrable
para mi viaje de organizadora de precipicios
sin fin

...
Distinta es la cólera que corre por mi río
regida por órdenes de caos
y hondas galerías de celebración
desigual el arma que dispara su fragancia de muerte

...
Estos productos del amor del agua
donde las noches regalan sus frutos de ojos amarillos
me recuerdan los muertos conocidos

...
en el abismo de un árbol que hurgó en la tierra
el secreto de la historia y la muerte.

...
¿Qué otra cosa
sino ser luz en la tiniebla
pájaro en las muertes cotidianas
amor en el siglo de las persecuciones?
(alusión al pezón devorador).

...
Olvidé la historia
las violencias del campo de batalla
los suicidios en mi ciudad devastada
por fantasmas de espadas asesinas
olvidé que había nacido
que tenía un cuerpo exacto para la desolación
y ojos donde se miraron alguna vez
gigantes y extranjeros

Dedica tus recuerdos a los cuerpos desollados
a los cadáveres pútridos

...
Sombra de los muertos que viajan por el mundo
grito que marca a fuego las tardes
y el agua oscura de aldea penetrante
nos muestran ojos de niños en los escaparates
y su idioma de muerte en signos de la noche.

...
Las sombras crecen
matando el día que anuncia la luna
satélite devorador que no debe tener pantanos
donde caigan cuerpos en canción de muerte.

...
Si hay un dolor
que se asemeja a todo el dolor
deben los relámpagos alumbrar esta locura
esta zona de imaginación aterradora
que trae estampas imborrables de muertes

...
donde suben pájaros el lento peregrinaje de la muerte
y surgen deformes criaturas nacidas a deshora

...
y de pronto una piedra (seno seco)
en el momento exacto de la medianoche

"Acuario"

Lejos los suicidios del bosque blanco
río de acuario
peregrinamos sin saberlo
y el oculto país donde la muerte acecha
tiene secretos en los perfiles del ángel.

Conozco el anillo de metal y su destino
deambulo viendo drogados de ojos sedientos
bellos homosexuales
recorriendo el sitio de la duda
y bailo sin saber el fin
destrozando recuerdos
en vidrios de joyas misteriosas
en los malditos habitantes de mis sueños
hasta despertar con ellos en mi cuarto.

Duermo invitada por dragones asesinos
que muerden los senos
y la incierta criatura crece en mi ojo dilatado
se va dejando secretos en un recipiente venenoso
y pienso apresar la flor oscura de la dicha
de todos modos vendrán los hijos del dolor
a ensombrecernos
cortando los lazos que son el hilo del recuerdo
porque todo cesa
y quedamos solos nuevamente.

...
La muerte es un círculo
donde giran ahora mis figuras
el cuerpo de ave
de helecho
mira.

ARDEATINAS 63

Rudy de Cadaval

Héroe sin sentido
capturado tal vez porque estabas entre la gente,
apresado mientras salías de tu casa
y tonías en la boca
el sabor del primer desayuno
y en el corazón el ansia de hacer algo;
apresado y llevado, una sombra en la pared
sin intención finalizada.
Héroe sin significado,
sin gesto, sin lucidez:
no una frente alta para exhibir
o algo para abjurar
pero hombre ante la pared señalada
en la arcilla legumosa de la casa.
Héroe sin ideología
mas con una luz interior
que alumbró a toda la humanidad:
un sacrificio por ella.
Te has sacrificado por ella
como nunca se ha sacrificado ninguno:
tu morir es grande
porque tú no tenías que morir.
Tu sepulcro recoge plegarias
porque estabas solo en la plegaria cotidiana.
Pequeño empleado, emprendedor,
funcionario, quién sabe lo que eras...
estudiante, profesor, hombre o mujer,
no tiene importancia
en el registro del martirio.
Símbolo de amor,
todavía antes de ser símbolo,
imagen de sufrimiento;
todavía antes de ser imagen,
cara sin rotograbado,
palabras sin página primera,
víctima simple
en el zepitar de los lugares comunes.

POEMA DE AMOR

Liliana Echeverría Drummond

La aurora echó a volar trinos y arrullos. Los plumajes de todos colores brillaron al sol, y los árboles y las flores encendieron sonrisas en sus ramas y pétalos. Cantó el aire sobre las rosas y las lilas, y rozó los lirios tan suaves como la espuma.

Todo maravilloso; los peces rojos y plateados y tornasoles resbalaban en el río transparente que tenía arenas brillantes en sus orillas. El alba con sus vaporosos velos buscó al ser único que residía en la tierra. El hombre que era dueño del valle y sus horizontes; de los frutos y los animales. De la inmensidad cuajada en raíces plenas.

Y lo vio sentado al sol, con una sensación de soledad. Los tréboles le mostraban cuatro hojas con el guiño verde de su mirada, y una mariposa blanca se posó en una mano. El hombre inicial tenía desolación en su alma, y no la acallaba ninguna de las bellezas que le circundaban.

Y el alba oró porque algo sucediera a aquel solitario.

Resbaló la página del día, y la noche constelada titiló en el azul puro. Se tendió sobre la hierba, apoyó la cabeza en vellones suaves y tibios y se durmió ungido de suspiros. La noche acercó una lámpara de plata sobre su rostro hermoso, porque el hombre dormía profundamente y el hastío le había hecho sentir largo el tiempo de sol a sol.

Regresó el alba, y fue apagando una a una las estrellas con su brisa. Se acercó al habitante, y una sorpresa le dio un destello. Junto a él había otro ser más frágil, con cabellos más largos y sedosos y un rostro lindo con el tono de algunas flores. Se apoyó en una enredadera y vio que el hombre tomaba en sus brazos a esa criatura, y ambos se estrechaban. Luego una mariposa dorada les iluminó el rostro. Había nacido la sonrisa, la dulce sonrisa del amor en ese encuentro feliz. La mano del hombre acarició los cabellos, y sus labios besaron a su compañera. La soledad se había esfumado misteriosamente, y el alba estaba emocionada. Entonces un ángel le contó que esa era la primera pareja humana: Eva ella y Adán él. Enlazados por el amor.

El hombre descubrió el lenguaje enamorado, y le parecieron más lindas las flores y más radiantes los pájaros. La apoteosis reinaba, porque ella también le respondía con voz de pétalo y alondra, caminando con las manos asidas y las almas ligadas por un sentimiento maravilloso.

El amor estaba inaugurado sobre la tierra, y desde ese instante había de recorrer siglos siendo luz para el ser humano. En un borde de ese paisaje ideal, apareció una estrella simbólica. Sus cinco vértices mostraban al mundo que había de venir tras ellos, tras la primera pareja en divinos eslabones.

Eran cinco puntas señalando las razas. Porque el amor iba a ser igual para los negros que para los blancos, para los amarillos que para los cafés y para los rojizos. Y un día iba a aparecer alguien que diría con una fina dulzura: Amaos los unos a los otros.

Alguien que bendijo el amor, y al mismo tiempo señaló que existían otros, como los colores de un arcoiris. Una tarde bajo las palmeras antiguas y con el aroma de los azahares de los naranjos, contó a un grupo de seres sobre ese tema. Hay además amor de Madre



Dibujo de Berenice.

a hijo, Padre a hijo, de éste a sus Padres y hermanos; amor fraterno entre los que no formaban parte de la familia. Amor distinto en los esposos. Y por sobre todo el amor a Dios.

Y también dijo de ese valle precioso, donde por vez primera había florecido ese trozo de cielo; donde la boda había sido oficiada por el Señor.

Una dulce paz envolvió a quienes le escuchaban, y la palmera movió sus abanicos. Una luz suave fluía de ese Nazareno, que perdonó a Magdalena por haber amado tanto. Y resucitó a Lázaro por amor de amigo y hermano. Después un Judas patrocinó, con su traición, esa agonía de la frente con espinas, el costado abierto por una lanza y las manos y los pies clavados. Y desde esa cruz, El entregó amor a los hombres. Amor a cambio del dolor, y su lección arde en las sendas actuales.

En 1971 el amor sigue en florecimiento, y es la esperanza para una Humanidad. Las albas buscan a los solitarios y vuelven a orar por ellos. Los niños claman por amor, y el amor inspira a los poetas, a los músicos y a todo el arte.

Es dulce llama que ilumina el alma y se posa en el corazón. Es la caricia que borra penas, la rosa que sonríe y el trébol que guiña sus ojos verdes en profética alegría.

Es la historia de Romeo y Julieta en distintos idiomas, en diferentes paisajes.

El amor conmueve a príncipes y a lustra-botas. A quienes poseen riquezas y a los que transitan como el caracol, con toda su heredad auestas. No tiene fronteras, ni edad, ni casta. Une a los seres. Es un puente de sol abierto desde Eva hasta nuestros días vibrantes, evolucionados y llenos de promesas.

Amor en las palomas en su lenguaje de arrullo, y en los pájaros que con sacrificio tejen sus nidos para vivir la ternura ala a ala. Amor en el ruego de jazmín del idealista, del religioso o del atribulado. Amor en el abecedario de todas las lenguas; universal como el aire, los astros y el agua.

Por eso la vida flamea un sueño infinito, y la senda recibe los pies desnudos que van hacia la tierra prometida. El amor tiene vigencia en los astros según la sensibilidad y el temperamento. Es la fuente de gracia, el amanecer y el alero.

Por amor se perdona, y por amor se renuncia. Los grandes amantes del mundo dejan sus nombres brillantes en la historia de la Humanidad, y las generaciones le conocen como a las rosas y a los triguales.

La simbólica estrella de los cinco vértices sigue alumbrando. Bendita sea por todos los siglos, por todas las almas que sienten el cielo en alas del amor. El que dulcifica y construye; el que hace sentirse más mujer a la mujer y más hombre al Adán. No importa que alguien lo desfigure alguna vez. Lo hermoso es que existe y seguirá existiendo mientras este planeta gire vida y florezcan albas prodigiosas.

Si hubiese más amor entre todos, habría paz. Y por eso hay una súplica honda porque haya algodón y sol, trigo y agua y amor para todos. El de los diamantes y el de los mendrugos; el de la cabeza coronada y el anónimo. Amor, el que una vez hizo escribir a un hombre: El corazón tiene razones que la razón no entiende.

